

A.G. Keller

ADICCIÓN

Serie Hermanos Duncan

LIBRO 1



ADICCIÓN

Serie Hermanos Duncan

LIBRO 1

A.G. Keller

Título ADICCIÓN Serie Hermanos Duncan LIBRO 1

© 2015 A.G. Keller

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Noviembre 2015

ASIN: B017AQ4FDE

Diseño de Portada: Alexia Jorques

info.alexiajorques@gmail.com

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Para las dos luces que siempre me acompañan,
que escuchan mis historias con una sonrisa en sus
labios, con los ojitos brillantes, con la
imaginación a mil... con ganas de más.

Tabla de Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Acerca del Autor](#)

Capítulo 1

Max

— ¿Dónde estoy? —pregunté sintiéndome desorientado.

Abrí los ojos con lentitud, tratando de adaptarme a la claridad que entraba por los pliegues de la cortina. El sonido de una máquina, sumado a un olor desagradable ¿medicina, legía? me alertaron.

Al fin mi vista se acopló a la luz del dormitorio, Frank, mi hermano menor se encontraba a mi lado con mirada reprobatoria. Se le veía molesto.

Traté de mover el brazo derecho pero fui detenido por Frank, una solución estaba puesta en mi vena.

—En un hospital, como te podrás dar cuenta —su tono de voz era frío—.Max, esta es la última vez que salgo en tu ayuda —metió las manos en los bolsillos de su pantalón para girarse y darme la espalda mientras caminaba hacia un sillón—.Hermano tienes que parar con esa mierda del juego —sentenció irritado antes de sentarse.

Pulsé uno de los botones de la cama para llamar a una enfermera, necesitaba toda la información que pudiera darme acerca de mi estado y de cómo había llegado allí.

Unos minutos más tarde entro una ayudante.

— ¿Cómo se siente? —preguntó mientras me tomaba la tensión.

—Bien, eso creo —me arrepentí en cuanto lo dije, me dolía todo el cuerpo como si hubiera recibido una paliza.

— ¿Se acuerda de su nombre? —preguntó y de inmediato me introdujo un termómetro en la boca.

No estaba seguro si era el momento adecuado para responderle, pero con la rapidez en que ejercía sus tareas se le notaba apurada.

—Max Duncan —balbuceé con torpeza.

—Muy bien, Max, le voy a avisar al doctor que has despertado. Regreso en un momento.

Esperé a que saliera de la habitación y le hice señas a Frank, para que se acercara.

— ¿Sabes cómo llegué aquí? —mi hermano negó con la cabeza.

—Aquí me dijeron que te encontraron inconsciente en un callejón, en el centro de la ciudad. ¿Tienes alguna idea de lo que te pasó?

Un vago recuerdo me llegó de repente: *Sabía que me encontraba en las Vegas, y que había vuelto a mis andadas. Estaba jugando póker en una de las mesas del casino Ceasar Palace, la apuesta que había hecho era elevada, la adrenalina la tenía a tope, un cigarro en la mano derecha y un vaso lleno de whisky en la izquierda. Todo lo demás se volvió borroso.*

—Tengo tres días en las Vegas... —le informé sin querer ser muy específico.

Pasé una mano por mi cabello estaba incómodo, no quería ser cuestionado por mi hermano, además, él se veía cansado, preocupado. No deseaba volver a decepcionarlo, el simple hecho de imaginarlo me hacía sentir como la peor persona del mundo.

Un dolor punzante en la mejilla izquierda me trajo otro recuerdo: *Había perdido la apuesta, quedándome sin un dólar en mis bolsillos. Uno de los hombres de seguridad del casino me acompañó a la salida acompañado de un par de sujetos con caras largas, entre los tres me golpearon y patearon mientras vociferaban amenazas.*

—No vuelvas por aquí Duncan, o serás hombre muerto —estaba tan ebrio que no pude defenderme.

—En cuanto te den de alta te llevo a Dallas. En casa estarás mejor —hizo una pausa clavándome su mirada con intensidad—. Esta vez vas a buscar ayuda. Ayuda de verdad, con un terapeuta de verdad —sentenció sin derecho a réplica.

Asentí, no era la primera vez que estábamos en esa desagradable situación, hacía un año había aceptado que mi debilidad por el juego, los casinos y las apuestas eran mi adicción.

Conseguí asistir a una serie de terapias con la doctora Rebeca Santos. En principio, las sesiones comenzaron muy profesionales. Primero fueron en grupo, luego individuales. Desde hace tres meses dejaron de ser terapias, para convertirse en encuentros sexuales.

Descubrí que la doctora Santos, también gozaba de una debilidad, una pequeña

adicción. Le gustaba tener sexo en hoteles baratos, sentirse perversa, jugar el papel de la chica fácil. Así que por un tiempo eso era lo que veníamos haciendo.

Como consecuencia me di de baja temporal con respecto a mi inusual tratamiento, causando que mi ansiedad volviera con una fuerza devastadora. Una vez más me urgía con desespero experimentar el subidón de adrenalina.

—Lo siento Frank. Esta vez busquemos a un hombre de terapeuta, ¿te parece? — Lo observé con arrepentimiento— ¿Alguien más sabe que estoy aquí? —pregunté preocupado.

No quería que nadie, y con nadie me refería a mi particular familia se enteraran de mi dramática recaída. Los Duncan eran pudientes en nuestro círculo social. Aunque mis padres ya no convivían juntos, producto de un desastroso divorcio cinco años atrás. Ellos sin embargo, seguían siendo respetables.

Mi padre, Clark Duncan, era profesor de matemáticas en la Universidad de Harvard. Siempre correcto, de carácter fuerte y un genio de los mil demonios. No soportaba la idea de tener un hijo adicto al juego. Yo era para él un completo desastre, una vergüenza.

Mi madre, Sara Duncan, exitosa, abogado criminalista, cautelosa, prudente y llena de paciencia. Siempre trató de ayudarme, hasta que un día comprendió que mi recuperación dependía de mis ganas de mejorar, no de querer complacerla. Yo era el único que podía ponerle fin a mi inconveniente apego a las apuestas.

También estaban mis hermanos, éramos muy unidos a pesar de llevarnos varios años de diferencia. Yo era el mayor de los tres con treinta años.

Frank, tenía veintisiete años, era administrador de empresas, un buen amigo, aunque en ciertas ocasiones ejercía el papel de mi conciencia. Un chico emprendedor, responsable, serio y muy consistente. Todo lo contrario a mi carácter.

Kate Duncan, la chiquita de la casa, la consentida de todos. Tenía veintiún años, dulce, alegre y conversadora. Ella vivía con mi madre en Nueva York. Estaba en la universidad estudiando diseño de modas.

No deseaba volver a ser el chico problemático, el eslabón perdido, la oveja negra de los Duncan. Pero tampoco poseía la fuerza necesaria para dejar de apostar...

Frank se aclaró la garganta sacándome de mis cavilaciones.

—Por supuesto que no, esto va a quedar entre nosotros mientras no lo vuelvas a

intentar. ¡Max, maldición!, hablo en serio —su tono de voz era amenazador.

—Gracias Frank —suspire aliviado.

—Prométeme, Max, prométeme que nunca volveré a verte de este modo. ¡Por el amor de Dios! Hermano te encontraron en la calle, tirado, golpeado e inconsciente... — Frank me señaló con un dedo acusador haciéndome sentir poca cosa, inepto, irresponsable — ¿Sabes lo que hubiese pasado si alguien te hubiese reconocido? ¿Sabes la mala reputación que esa noticia le haría a nuestro negocio? ¿Sabes lo jodido que es toda esta mierda? —masculló con los dientes apretados.

« ¡Mierda! Frank tenía toda la razón en estar furioso»

Ni por un segundo la empresa pasó por mi mente.

« ¿En qué clase de monstruo me había convertido? ¿Hasta dónde pretendía llegar si seguía con ese vicio?»

Habíamos establecido nuestra empresa de desarrollo de juegos de video. *Duncan Games*, en Dallas.

Teníamos cinco años trabajando juntos, el mismo tiempo que mis padres tenían de haberse divorciado.

Frank se dedicaba a la parte administrativa, él era el cerebro de nuestro negocio. Se encargaba de los contratos, los canales de distribución, la publicidad y la nómina de ciento veinte empleados.

Mi trabajo era menos complicado, consistía en el desarrollo de los proyectos, estaba acompañado de un equipo invaluable. Eran un aproximado de treinta personas bajo mi supervisión.

Juntos hacíamos un trabajo impecable. Nuestros juegos se vendían a nivel mundial, eran unos de los más famosos de acción en línea, multijugador, rol-acción. Eran ese tipo de juegos, dónde los jugadores tenían la oportunidad de competir a nivel profesional.

—Te lo prometo Frank, no más estupideces de mi parte.

Los siguientes cuatro meses estuvieron enfocados a mi rehabilitación, sin embargo, después de lo ocurrido en Vegas, Frank me hizo pagar con mi libertad asignándome un chofer, George, quién al pie de la letra cumplía con todos sus deberes.

Aunque era un hombre de personalidad agradable, me parecía excesivo el que

tuviera que acompañarme a todos lados era realmente irritante, parecía mi sombra. Lo peor no era eso, si no el hecho de jugar el papel de delator. Tenía prohibido visitar cualquier lugar donde me permitiesen apostar.

Le pedí a mi hermana Kate, que nos ayudara a encontrar un buen terapeuta en el área de Dallas. Ella de inmediato se puso manos a la obra. Por suerte pudo conseguir una consulta de emergencia con el doctor Hill, quien era una eminencia en mi condición de adicto al juego.

Me sumergí en el trabajo siguiendo las indicaciones de Hill, alegaba que sería la mejor medicina para mantenerme distraído, concentrando toda mi energía en algo más provechoso que las apuestas y los casinos.

Esa noche habíamos cerrado una negociación muy importante, Frank volvió a confiar en mi buen juicio. Se trataba de un nuevo proyecto el cual vería la luz en cuestión de meses si seguía trabajando con el mismo ritmo que llevaba, y por supuesto sin ningún tipo de distracción.

Nos habíamos ido a celebrar a un bar cercano a la oficina. Festejamos hasta que mi hermano recibió la llamada de Carol White, su novia, una chica agradable, joven y emprendedora pero en extremo absorbente. No podía negar que me molestaba la forma en que ella sutilmente lo manipulaba sin que él pudiera darse cuenta.

Le hice señas dejándole saber que lo esperaba en la puerta del local. Me levanté de la silla sintiéndome agotado de escuchar tanto romanticismo, alejándome sin mirar mientras él continuaba con sus: «Si cariño, No cariño», cada dos segundos.

—Lo lamento, no la había visto —solté apurado al darme cuenta que había atropellado a una persona.

Sin querer ocasioné un accidente, fui testigo de cómo se estrellaba contra el piso la copa de vino que sostenía la mujer en una de sus manos, no sin antes dejar una gran cantidad escurriendo sobre la manga de su blusa.

Cuando la chica alzó la mirada entre molesta y divertida, fue como si el tiempo se hubiera congelado provocando que la masa de personas aglomeradas en la barra y alrededor de la puerta del bar no existieran.

Quedé pasmado, hechizado por sus ojos color caramelo. La mujer balbuceó una disculpa acompañada de una sonrisa encantadora. En ese momento era capaz de hacer cualquier cosa para poder contemplarla por más tiempo.

— ¿Perdonarla? Pero he sido yo quien la empujó brutalmente. He arruinado su blusa. ¡Por favor discúlpeme!

—No lo hizo a propósito... Bueno eso espero —dijo riéndose aleteando sus pestañas.

Ella era realmente hermosa, aunque parecía un poco nerviosa. Admiré su rostro sonrojado y su expresión coqueta. Intenté disimular mi perturbación esa situación era ridícula, nunca antes me había sentido de ese modo.

Frank se acercó hablando por el móvil colocándose a mi lado para susurrarme que teníamos que irnos. Ni siquiera se enteró de mi pequeño accidente, con esa atractiva mujer.

Sin perder tiempo saqué una tarjeta de mi billetera. Era la perfecta excusa para darle mi teléfono, una antigua estrategia que nunca fallaba.

—Envíeme la factura de su blusa. Por lo visto esa mancha de vino tinto no creo que salga. Aunque no soy un experto, no me crea, quizás tengamos suerte... me llamo Max Duncan, encantado —le extendí la mano dedicándole mi mejor sonrisa.

Mis pies se habían clavado al piso, me costaba trabajo moverme mientras ella con delicadeza me daba un ligero apretón.

Algo en esa chica llamaba en exceso mi atención. Quizá era su perfecto rostro, sus labios finos y bien delineados, o era su largo y sedoso cabello color castaño oscuro, que caía en cascada hasta la mitad de su espalda.

Parecía la heroína de un juego de video. Su belleza era sublime fuera de este mundo. Intenté grabar su rostro en mi memoria como si fuera una ilusión. Tal vez me inspiraría en ella para el personaje principal de mi nuevo proyecto.

—Nicole Calaway, y no se preocupe por mi blusa ha sido un accidente —se presentó tomando la tarjeta. Su voz era cálida y melodiosa.

Por un momento creí haber escuchado su nombre en alguna parte, pero no di con él de inmediato. Le sonreí y con lentitud pasé una mano por mi cabello.

«Nicole Calaway» repetí mentalmente, esa chica con tan solo unas pocas palabras había logrado ponerme nervioso y eso... era una sensación extraña para mí.

Capítulo 2

Nicole

Mientras me giraba con las manos ocupadas, la cerveza del señor Carson en una, la copa de vino de mi madre en la otra, un hombre inmenso chocó contra mí.

Me tambaleé provocando que la copa de vino se estrellara contra el suelo, no sin antes derramar un poco de su contenido sobre mi blusa favorita.

« ¡Demonios! Qué mala suerte», pensé de inmediato.

Furiosa levanté la mirada hacia el desconocido. Lo vi recorrer mi cuerpo de arriba abajo, ese gesto inesperado despertó en mí una coquetería que no sabía que poseía.

Mi extraña reacción fue ofrecerle una sonrisa generosa. Él se disculpó, su voz era grave, suave y profunda, haciéndome estremecer.

El sujeto sobresalía entre la multitud por su altura, un metro noventa, de cabello rubio oscuro, lo llevaba bien cortado a los lados y un poco más largo por encima. Un flequillo rebelde le caía justo en la frente, él era atractivo... muy atractivo.

Sus ojos atraparon los míos, eran de un gris azulado, le brillaban con intensidad, su nariz era respingada, sus labios carnosos. Poseía una sombra de barba de dos días sin afeitarse, en su ceja izquierda una pequeña cicatriz dándole un aire travieso y su impresionante sonrisa me cortó el aliento.

Por lo visto había sido un accidente. Balbuceé una disculpa, no sabía qué decir estaba tan incómoda que sin querer me sonrojé.

Lo mejor era que no me había reconocido, no sabía que era Nicole Calaway. La famosa piloto de *Nascar* y Modelo. Eso hacía la situación mucho más divertida, estaba harta de que se me acercaran por mi fama ya era hora de llamar la atención de un hombre solo por ser yo.

Era obvio que me había atropellado. ¿Pero que más podía hacer para alargar ese momento? Al menos dos segundos extras no eran un delito ¿cierto?

El sujeto se disculpó con educación y elegancia. Su voz me puso nerviosa, debo aclarar que no solía sucederme con el sexo masculino. Aunque en las pistas era una sensación que disfrutaba al máximo.

A lo lejos me escucho contestarle:

—No lo hizo a propósito... Bueno eso espero.

Después que lo dije me sentí ridícula... Pero él era tan apuesto y sexy que no le dio importancia a mi comentario. Pasó una mano por su cabello mientras me hablaba de lo arruinada que había quedado la blusa, para luego ofrecerse a pagarme una factura por su limpieza.

De la nada otro chico se acercó hablando por el móvil, provocando que nuestra frágil burbuja se explotara. Ni siquiera se dignó a presentarse, finalmente al ver la mirada del fabuloso hombre de ojos grises clavada en mí se dio cuenta de mi presencia. Le anunció que debían marcharse, para luego atreverse a repasarme de pie a cabeza el muy descarado.

El provocador del accidente, el más apuesto de los dos. Lucía un porte de motero. Vestido impecablemente de negro, pantalones, camiseta, chaqueta y botas. Se le veía relajado, despreocupado, desenvuelto. En seguida comenzó a rebuscar en su billetera sacando de ella una tarjeta de negocios.

Se presentó como Max Duncan y cuando pronunció su nombre una sensación invadió mi cuerpo dejándolo en alerta, como una corriente eléctrica.

Estrechamos nuestras manos para luego despedirnos con un ligero movimiento de cabeza.

Me giré y seguí mi camino, aunque ganas no me faltaron de dar media vuelta y ver como lucía su parte trasera. Era realmente apuesto de esos con los que tropiezas pocas veces en la vida.

Max parecía haber salido de una revista de motociclistas. Tenía muchísimo tiempo que un hombre no llamaba tanto mi interés. Lo curioso era que su engreído acompañante era todo lo contrario, vestía un traje hecho a la medida.

Al llegar a la mesa fui examinada por mi madre.

— ¿Dónde está mi copa de vino? —preguntó perpleja al no verla en mis manos.

—Quedó tirada en el camino —respondí con una estúpida sonrisa en mi rostro que

no era capaz de disimular.

— ¿Pero qué le ha pasado a tu increíble blusa? —preguntó con angustia mientras le entregaba la cerveza al señor Carson—.Hija ha quedado inservible, esta mancha no saldrá —mi madre nunca dejaría de sorprenderme, ella era capaz de responder a sus propias preguntas.

—Tranquilízate mamá, fue un accidente.

Di el tema por zanjado no venía al caso discutir por algo que no tenía arreglo, además no lamentaba en absoluto lo sucedido.

Sin darme cuenta el recuerdo de ese hombre sexy, de voz gruesa y vestido irresistiblemente de negro volvió a mi memoria. Por el resto de la noche no logré apartarlo de mi mente.

Una semana más tarde me encontraba en la ciudad de Fort Worth, en la pista del *Texas Motor Speedway*. Estresada por la promesa hecha a mi patrocinador más grande, *Bronty*, la famosa cadena de supermercados. Les había asegurado que llegaría entre los primeros cinco puestos.

Debía cerciorarme de marcar mis tiempos. No les podía quedar mal tenía muchos planes que cumplir, sin el apoyo de ellos era imposible. Por eso había estado practicando toda la mañana.

Sabía que mi contrato estaba a punto de claudicar, pero guardaba un rayo de esperanza con respecto a una extensión.

De vuelta en el hotel me sentía un poco más tranquila, con plena confianza que entre mi equipo y yo podríamos lograrlo. Le había dedicado largas horas de empeño.

Decidí tomar una merecida ducha y relajarme, prepararme mentalmente para lo que me esperaba. Solo contaba con un par de horas para hacerlo.

Al tiempo que salía del baño de la habitación del hotel mi madre entró emocionadísima, sus manos estaban en la parte trasera parecía estar ocultando algo.

—Mamá. ¿Qué te pasa? —le pregunté sorprendida, ella era una mujer acostumbrada a la euforia del día de la competencia.

—Hija, he podido sacarle la mancha a la blusa mira como quedó —dijo al tiempo que la sacaba de detrás de su espalda.

Me acerqué para acariciar la tela donde una vez estuvo el vino derramado que ya desapareció, produciendo el recuerdo del chico apuesto vestido de negro.

« ¿Debería llamarlo?», me pregunté mil veces.

«Sí, quizás cuando termine la carrera», pensé dándome valor a hacer algo fuera de lo normal, no era del tipo de chica acostumbrada a dar el primer paso.

« ¿Pero qué le voy a decir?», comencé a dudar.

«Que no me costó nada la tintorería, porque tengo una madre abnegada que pudo sacarle la mancha, pero que puede invitarme un té helado»... ¡Pufff!

Imposible era muy orgullosa, jamás llamaría a un hombre con una excusa tan absurda. Además, seguro me ofreció su tarjeta por cortesía.

—Gracias mamá, quedó perfecta —la abracé con cariño.

Solté la blusa y me dispuse a olvidarme del asunto. Pero cuando me giré y vi mi imagen reflejada en el espejo colgado en la pared, mi corazón sintió un calor desconocido ocasionando que mi rostro se sonrojara ligeramente.

La voz grave de ese hombre se repetía cada noche en mis sueños, como también la forma en que arregló su cabello, el intenso brillo de sus ojos, la manera casual en que vestía, y ese aire despreocupado que desprendía me hacía suspirar como una tonta con el anhelo de volverlo a encontrar.

Me gustó conocerlo pero tenía que ser realista, nuestros caminos jamás se volverían cruzar. Mi vida estaba entregada a las carreras, al modelaje, y a la promesa que le había hecho a mi padre en su lecho de muerte.

Capítulo 3

Max

Mi hermano Frank entró en mi oficina sin ser anunciado, me lanzó un montón de papeles sobre el escritorio mientras yo hablaba por teléfono con la sensual Rebeca Santos.

—Te llamo mañana, mi hermano tiene una urgencia... —hice una pausa para reírme por lo bajo. Rebeca era una chica entusiasta en lo que respectaba al sexo, y su promesa acerca de lo que me haría con sus labios en nuestro próximo encuentro era muy tentadora—. Estamos hablando Rebeca —agregué tratando de finalizar la llamada.

— ¡Espera, Max! Quiero verte esta noche —sonaba desesperada.

La idea de ponerme al corriente con ella y con sus carnosos labios, no sonaba nada mal.

— ¿Esta noche? —pregunté para cerciorarme que había oído bien. Frank me hizo una seña con el dedo negando—. Al parecer tengo un compromiso —la sentí suspirar con desilusión.

— ¿Quizás podrías escaparte en horas de oficina? —ronroneó como una gata enjaulada. Por lo visto no estaba dispuesta a una negativa de mi parte—. Va a ser realmente excitante Max, no te niegues. Te prometo que no te arrepentirás.

— ¿Qué te parece a la hora del almuerzo? —Rebeca gritó emocionada, quedó en mandarme los detalles, por un mensaje de texto.

Cerré la llamada y le dediqué una mirada fulminante a Frank. Se sentó frente a mí señalándome los papeles sin decir una palabra.

—No pretendo leerlos hasta que te expliques —lo miré con una ceja levantada.

—La cadena de supermercados *Bronty*, se ha puesto en contacto conmigo —se levantó caminando hacia la ventana.

— ¿Qué con eso? Nosotros no hacemos negocios con ellos —Frank se giró,

haciendo un gesto despectivo con la mano restándole importancia a mi comentario.

—Nos están haciendo una propuesta que me parece interesante. Me gustaría que la aceptáramos, a la compañía le hace falta más publicidad —avanzó en dirección a la puerta y agregó antes de abrirla—: Revísala y me avisas... por cierto, tengo tickets para la carrera de *Nascar* de esta noche.

Se marchó dejando la curiosidad flotando sobre mi despacho. De manera automática mis ojos se posaron sobre la faja de papeles. Con cautela los leí con detenimiento, por un momento dudé era una inversión atractiva.

Las manos comenzaron a sudarme, mi sangre de apostador me estaba llamando para que hiciera una en la carrera de esa noche.

Me levanté de la silla sintiéndome entusiasmado, a quien quería engañar yo era un jugador ese era mi peor defecto, mi oscura y terrible adicción... lo peor de todo era que mi familia había tenido que pagar el precio mientras me negaba a aprender la lección.

Un par de horas más tarde salí de la oficina a mi encuentro con Rebeca, necesitaba fumarme un cigarro, relajarme un poco y dejar de pensar por un rato.

Mientras la esperaba sentado en la barra de un hotel barato con un vaso de whisky en la mano, el recuerdo de Nicole, la chica que había conocido de manera atropellada apareció. Su hermoso rostro, esos ojos color caramelo que me envolvían como brazas y su dulce voz.

No lograba entender como seguía en mi mente después de una semana. Aunque lo que realmente deseaba era verla una vez más. Exhalé con fuerza sintiéndome frustrado, ni siquiera sabía dónde comenzar a buscarla.

Alcé la mirada para encontrarme con la despampanante Rebeca. Una mujer de curvas pronunciadas y cuerpo exuberante. Rubia teñida, labios carnosos y sonrisa exagerada.

Un parpadeo coqueto me produjo una sonrisa, y un beso en la comisura de mis labios hizo que le prestara algo de interés.

Su cuerpo me era conocido, su conversación era vacía y sin sentido. Lo que había comenzado como algo nuevo y malditamente diferente, se estaba transformando en una aburrida rutina.

Sonrió con amplitud para luego acariciarme la mejilla. Ese era su toque, su manera de decirme cuanto me deseaba.

— ¿Te estas escondiendo Max? ¿Te estás haciendo de rogar?, te he llamado varias veces desde hace un par de semanas y hasta hoy he vuelto a saber de ti —reclamó haciéndose la molesta, mientras se sentaba a mi lado.

Le ordené una copa de vino tinto. La conocía demasiado bien para preguntar.

—He estado ocupado, tengo varios proyectos pendientes —le aclaré.

Fijé mis ojos en los suyos, eran de un azul intenso, hermosos, pero no tenían esa llama que me encendía. No eran los ojos castaños de la única mujer que realmente quería tener a mi lado en ese instante.

—Muy mal hecho, Max —me reprochó tomándome de la barbilla, presionando su dedo índice sobre mi labio inferior—.Vamos no perdamos más tiempo, subamos a la habitación —pronunció antes de pasarse la lengua por los labios de forma provocativa—.Soy una mujer que necesita de tus atenciones.

Después del lujurioso encuentro con Rebeca, al que no estaba seguro de volver a repetir regresé al despacho. El tema *Bronty*, seguía rondando en mi cabeza.

De inmediato me puse en contacto con Iván Robles, mi leal jefe de seguridad, para pedirle un informe detallado del piloto al que tendríamos que patrocinar.

No pasó ni una hora cuando lo tuve en mis manos, Iván era realmente eficiente. Lo primero que leí fue un nombre. Nicole Calaway.

Mi imaginación era amplia, de hecho mi especialidad era la creación de juegos de video. Pero lo que acababan de ver mis ojos me había dejado de una pieza.

Con rapidez la relacioné con la chica que empujé en aquel bar. Con quién mi famoso truco de la tarjeta no funcionó. La hermosa mujer que por más que quisiera, no era capaz de sacar de mi mente por toda una semana.

¿Acaso el piloto y la chica del bar eran la misma persona? No lo podía creer, mi suerte no podía ser tan grande.

« ¡Santa Mierda! Dios, era muy bueno conmigo». Pensé sonriendo en lo que vi su rostro en una fotografía.

Ella era la famosa Nicole Calaway. Una de las pocas mujeres sobresalientes en el

mundo del *Nascar*.

Para completar mi sorpresa también modelaba. Me quedé con la boca abierta al ver unas cuantas fotos de ella en traje de baño. Su perfecto cuerpo era malditamente caliente, había visto docenas de mujeres bonitas pero había algo en Nicole Calaway, que me atraía como la miel a las abejas.

Se le notaba desde lejos que no era una chica acostumbrada a buscar a un hombre, eso me agradaba. No podía negarme que la hacía más interesante. Tomé el teléfono para pedirle a Iván que reuniera toda la información que pudiera encontrar acerca de esa increíble mujer.

Respiré hondo negando con la cabeza al mismo tiempo, una sonrisa se curvó en mis labios otra vez... era realmente un bastardo con suerte.

Horas antes me estaba lamentando por no saber nada de ella, ni dónde encontrarla. Ahora me hallaba a punto de proponerle trabajar con nosotros. La vida me sonreía una vez más.

El sonido de la puerta me sacó de mis reflexiones.

—Señor Duncan, aquí le manda el jefe de seguridad, dice que es urgente —Marcy, mi secretaria me extendió una carpeta de manila.

—Gracias Marcy, puedes retirarte.

La abrí apurado para conseguirme con un informe personal de la chica:

Nicole Calaway, nació el veinticinco de Noviembre, en Des Moines, Iowa. Tiene veintisiete años. Única hija del matrimonio Calaway.

Su padre, John Calaway, había muerto hacía un año de cáncer de riñón, y su madre era como su sombra, la señora Alice Calaway. Famosa por cuidar de la reputación de su hija y quién desde tras bastidores manejaba su carrera.

Jerry Carson, era su Manager. Quién trabajaba para ella desde hacía tres años, cuando su padre fue diagnosticado con esa terrible enfermedad.

Definitivamente la chica se encontraba en buenas manos, lo único que no me gustaba era su entrenador.

Luciano Facini. Habían sido novios por un año.

« ¿Por qué seguirá trabajando para ella? ¿Seguirá enamorada de ese hombre?». Me pregunté intranquilo, debía averiguarlo.

Coloqué el informe sobre el escritorio. Esa noche correría con el coche de carreras número 10, el cual había sido de sus patrocinadores por años. Había prometido llegar entre las primeras cinco posiciones.

«Una chica arriesgada, eso me gustaba», sonreí al imaginarla.

Yo también lo era, mi instinto de apostador se hizo presente con unas ganas urgentes de aventurarme por ella en la quinta posición.

Encendí un puro, esta era una ocasión para celebrar. Saqué el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros para mandarle un mensaje de texto a uno de mis contactos en el clandestino mundo de las apuestas. Hice una en su nombre no pude resistirme.

Exhalé el humo con una sonrisa en los labios, esa chica era toda una caja de sorpresas.

—Quiero saber que tan buena eres Nicole Calaway, cumpliendo tus promesas— dije en voz alta mientras le daba una calada al puro.

Tenía que ser muy cuidadoso al respecto. No podía dejar que nadie se enterara de la apuesta que había hecho. En especial mi hermano, debía ser prudente y controlarme.

La famosa cadena de supermercados *Bronty*, de manera confidencial nos estaba proponiendo patrocinarla. Ellos no lo seguirían haciendo por motivos de finalización de contrato. En la carrera de esa noche sería anunciado.

«Para mí no era más que una excusa, con la intención de cambiar de piloto».

Era curioso, no creía ser una persona sentimental. De hecho detestaba todo lo que tenía que ver con el romanticismo. Sin embargo, esa chica me interesaba de una manera especial y conocerla se había vuelto mi obsesión.

Capítulo 4

Nicole

Descendí por la ventana del auto de carrera desbordando felicidad, cumplí con mi promesa a los patrocinadores llegando en el quinto lugar de *La Copa 300*.

Me giré en dirección a las gradas donde la fanaticada aplaudía. La adrenalina de la competencia me mantenía con una sonrisa perenne en el rostro. Eso era lo que amaba de mi carrera como piloto de *Nascar*, la velocidad era mi pasión, esa pieza que encajaba a la perfección en mi vida.

Comencé en ese negocio desde muy temprana edad, apenas era una niña contaba con ocho años cuando mi padre aceptó entrenarme y hacer mi sueño una realidad.

Ahora tenía veintisiete años, vivía en un pequeño suburbio en las afueras de Iowa, donde pasaba pocos meses al año en compañía de mi madre. Mis dos carreras eran muy absorbentes y mantenerlas al mismo nivel se estaba volviendo complicado.

Los aplausos y la euforia del público llenaron mi corazón de júbilo, estaba agradecida con todos y cada uno de ellos. Mis fans eran la fuerza, el motor que impulsaba mi profesión, eso jamás lo olvidaría me debía a ellos. Mi padre me lo había enseñado grabándolo con fuego en mi alma.

Saqué el casco y solté mi cabello mientras les agitaba la mano a modo de saludo. En ese instante mi representante Jerry Carson, se detuvo a mi lado para avisarme con disimulo que debíamos subir a la *Suite de Bronty*. Nos esperaba uno de los ejecutivos para darnos una noticia.

Los dos estábamos preocupados, sabíamos que se trataba del contrato pero ese no era el momento para perder la esperanza.

El señor Carson, era un hombre de edad madura, tenía cincuenta y ocho años, de ojos color café y cabello canoso, estaba fuera de forma, pero él sabía cómo cuidar de mi carrera. Eso era algo que siempre le iba a agradecer.

Le entregué el casco y los guantes a mi madre para que los guardara. Después de agradecer a los chicos de mi equipo por una buena carrera, nos encaminamos hasta la *Suite*. El trayecto era largo y eso sólo hacía que la expectativa creciera.

Mi representante sostuvo la puerta en lo que llegamos, apenas puse un pie adentro los aplausos resonaron en toda la sala, gritos de felicitaciones y fuertes carcajadas. Un descorche de champagne me recibió mientras yo sonreía sin decir ni una palabra.

Un grupo de personas me rodearon, abrazaron y pidieron que les firmara una de mis fotografías, hasta una camiseta trajo la mamá de un pequeñín de ojos verdes. Por supuesto, no podían faltar las fotos requeridas por las esposas y los hijos de los grandes empresarios.

Allí me encontraba agradeciendo cada saludo, felicitación. Correspondiendo con una gran sonrisa cualquier pedido. Treinta minutos más tarde la sala comenzó a despejarse, las personas fueron saliendo con lentitud.

El señor Carson, aprovechó la oportunidad para conversar con uno de los gerentes de *Bronty*, Christopher Murray. Los dos caminaron hacia el otro extremo de la habitación.

Mi madre me hizo señas desde una mesa agitando una botella de agua para llamar mi atención. La tomé agradecida para darle un trago, estaba sedienta y preocupada. Me senté junto a ella soltando un suspiro.

—Nicole, el señor Murray tiene algo que comunicarnos —avisó Carson, con semblante sombrío indicándome que eran malas noticias.

—Dígame, señor Murray, soy toda oídos —el rostro serio de Murray aumentó mi angustia.

—Nicole, es una pena lo que tengo que comunicarte —hizo una pausa para aclararse la garganta—. La cadena *Bronty*, ha tomado la decisión de no seguir patrocinando tus carreras. La de esta noche ha sido la última. Te apreciamos mucho Nicole, pero el contrato con tu padre fue de cinco años. Tú has hecho una labor excelente, trabajar contigo ha sido un honor.

Los ojos del señor Murray, se clavaron en los míos, en ese momento recordé las palabras de papá: *Siempre debes ser agradecida... nunca lo olvides.*

—La noticia me ha tomado por sorpresa, no se lo voy a negar... —enderecé mis hombros y le regalé mi mejor sonrisa. No deseaba que notara mi desilusión, después de todo el show debía continuar—. Soy yo la que está agradecida con la cadena *Bronty*,

gracias por la oportunidad señor Murray.

—No hemos querido dejarte a la deriva, me he tomado la libertad de invitar a otra empresa a verte correr esta noche —comenzó a teclear en su celular— Nicole, ellos están deseosos de conocerte los acabo de llamar para presentarlos. Bueno tu sabes Carson, como es este negocio... —sus últimas palabras fueron dirigidas a mi representante.

La frase quedó en suspenso porque la puerta se abrió, en seguida aparecieron un par de sujetos altos, vestidos con gorras, vaqueros, chaquetas y botas. Sus pintas eran muy diferentes a las de un par de gerentes representando una importante empresa.

La sonrisa de mi madre se tornó una mueca, sus ojos estaban muy abiertos. Sabía que trataba de decirme algo con la mirada, como si un tic nervioso se hubiera apoderado de ella. No pude descifrarla todo ocurría muy deprisa.

—Acérquense, por favor —les dijo el señor Murray—Nicole, Carson. Les presento a los hermanos Duncan. Ellos representan a *Duncan Games*.

La voz inigualable del hombre que había conocido de manera atropellada en el bar, una semana atrás sonó de repente.

Se sacó la gorra dejando su rostro de chico malo al descubierto, para luego pasar una mano por su abundante cabello. Él era consciente de lo irresistible que podía ser con ese gesto.

Se colocó frente a mí regalándome una amplia sonrisa, mientras me tendía la mano.

—Señorita Calaway, otra vez nos volvemos a ver —asentí tratando de controlar mi sorpresa, correspondiéndole con un ligero apretón.

— ¿Representas a *Duncan Games*? —pregunté tratando de sonar profesional, manteniendo una sonrisa forzada.

En realidad me hallaba entre una mezcla de molesta con emocionada. Acaso ¿Era una broma?

—Así es... —me barrió con sus ojos grises—.Te presento a mi hermano, Frank Duncan.

El hermano era el mismo que lo acompañaba en el bar la noche que lo conocí, seguía siendo igual de antipático. Sólo saludó con un ligero movimiento de cabeza.

— ¿Se conocen? —ninguno de los dos contestó a la pregunta de Murray—.Bueno,

tengo que irme. Espero que lleguen a un acuerdo —completó para luego despedirse de mi madre.

—Ustedes dirán señores Duncan.

Me levanté de la mesa arreglando mi traje, tenía que prepararme para dar una declaración a la prensa local dónde seguramente tendría que anunciar que me había quedado sin mi patrocinador más grande.

Suspiré con fuerza pensando en mi mala suerte, nada había salido como lo esperaba menos encontrar a Max, en una situación tan incómoda.

Mi humor iba en picada, lo peor de todo era que ni el mismísimo Max Duncan lo mejoraría.

Max

—Hemos sido contactados por la cadena *Bronty*, después de verte correr estamos interesados en ser tus próximos patrocinadores —la observé fijamente y me puse tan serio como ella.

Nicole se veía espectacular en su traje de carreras, esa actitud de seguridad que emanaba... me encantaba, me tenía hechizado.

—Me siento halagada y les agradezco su oferta... —un hombre de edad madura se aproximó hasta quedar a su lado, interrumpiendo nuestra conversación.

—Buenas noches soy el representante de Nicole Calaway, Jerry Carson —nos estrechamos las manos— Yo soy el hombre adecuado con quien tienen que hablar. La señorita Calaway, debe estar agotada por la carrera de esta noche, además debe ir a dar una declaración a la prensa ¿no es así?

Carson, le dirigió una mirada comprensiva. Ella suspiró lucía desilusionada, o estaba triste era difícil de leer.

—Así es. Ha sido un placer volver a verlos —sonrió con simpatía, debía encontrar una manera para detenerla—. Gracias por venir esta noche, espero hayan disfrutado de la competencia —agregó a manera de despedida.

Disfrutado era poco había ganado un montón de dinero con la apuesta, estaba sobre estimulado.

Nicole, se giró dándonos la espalda para acercarse a una señora que imaginé era su madre.

—Disculpe, señorita Calaway —dije mientras dejaba a mi hermano y a su representante hablando—. No me gustaría despedirme de usted sin antes hacerle una pregunta.

—Por supuesto —respondió con frescura, parecía aliviada de no tener que tratar con el tema de un futuro contrato.

— ¿Se tomaría una foto conmigo? —le sonreí de medio lado, quería que se rompiera el hielo de una vez por todas.

—Sí, claro.

Le pedí a la señora que me hiciera el favor de tomar la fotografía, le di el móvil para luego explicarle con rapidez. Me acerqué a Nicole lo más que pude, ansiaba inhalar el aroma de su cabello que olía a frutas tropicales una agradable fragancia, la misma que recordaba de aquella noche accidentada.

Nicole me observó con suspicacia a la cual yo respondí con una gran sonrisa que ella por más que quisiera no podría resistirse, mientras le murmuraba al oído:

—Sonríe Nicole Calaway, quiero verte feliz en esa foto —sin querer mis labios rozaron el lóbulo de su oído.

Ese leve contacto con su tersa piel me agradó demasiado. Sin perder tiempo coloqué una mano en su cintura para presionarla contra mi costado. Tenía que aprovechar cada segundo, antes que saliera corriendo a toda velocidad.

Capítulo 5

Nicole

— ¡No lo soporto!

Entré dando un portazo en la habitación del hotel, era nuestra última noche en Dallas, mañana volveríamos a casa en Iowa.

Comencé a sacarme el traje desesperada mientras mamá tomaba las maletas del guardarropa, las colocó junto a la cama abriéndolas de un golpe. Ella también parecía contrariada, lo que acabó de suceder con la cadena de supermercados había sido un trago amargo.

—Tranquilízate Nicole, mañana estaremos en casa y pondremos las cosas en perspectiva.

— ¿Perspectiva?, ¿te estas escuchando mamá? Pero qué manera de avisarme, no me lo merezco mamá, no después de cinco años... —resoplé frustrada por el mal momento.

Dejé las palabras flotando en el aire no valía la pena continuar, de nada servía lamentarme.

Mi madre, se desplazó por la habitación inquieta, pensativa. No me cabía la más mínima duda de que se sentía tan impotente como yo. La vi rebuscar en el mini bar donde encontró una botella de vino blanco, la abrió y se sirvió una copa luego me entregó una bebida energética.

— ¿Lo conocías?

— ¿A quién?

—Al hombre que me pidió les sacara una foto —esa era la táctica de mamá, cambiar el tema, evadirnos de nuestra realidad con el propósito de renovar mi humor. No estaba segura si esa noche le funcionaría.

—Ah, sí, ya lo conocía —respondí fastidiada no quería darle importancia.

Al fin terminé de sacarme los zapatos, y el traje. Dejé todo tirado para lanzarme sobre el mullido edredón en ropa interior.

—Pero ¿Cuándo? ¿Dónde?

Mamá habló tan rápido que no pude evitar reírme. La invité a sentarse a mi lado palmeando la cama. Ella se apresuró emocionada por mi gesto de complicidad, se le veía intrigadísima quería saberlo todo.

—Se llama Max Duncan. Él fue quién accidentalmente hizo que derramara la copa de vino en la blusa —le terminé de contar la historia con sus amables disculpas y le enseñé su tarjeta de presentación.

Tomándola se levantó de la cama mientras la agitaba con la mano, caminó hasta el centro del dormitorio y le dio un sorbo a la copa, se aclaró la garganta y la leyó en voz alta:

—Max Duncan. Gerente General de *Duncan Games* —me observó con detenimiento— ¿No lo has llamado? —la pregunta me dejó asombrada, sin embargo ella me sonrió esperanzada.

—No...

—Pero hija, si es muy guapo.

—Mamá, no quiero seguir hablando de ese hombre. Además ya mañana estaremos en casa y yo estoy cansada. Es mejor que tú también te vayas a descansar a tu habitación.

Dije al tiempo que la ayudé a dejar la copa en la mesa, con sutileza la acompañé hasta la puerta.

—Está bien hija, no quiero presionarte creo que por hoy hemos tenido suficiente. Pero mañana seguiremos hablando del tema —me plantó un beso en la mejilla.

La vi caminar desanimada por el pasillo antes de asegurar la puerta tras de mí. Mi corazón se arrugó en mi pecho, no quería que ella se preocupara por nada tenía que encontrar la manera de solucionar ese problema.

Al salir de la ducha escuché sonar el móvil, me apresuré y revisé la pantalla era Carson, mi representante.

—¿Señor Carson?

—Nicole, disculpa que te llame a estas horas, pero es importante lo que tengo que decirte.

—No se preocupe.

—Los hermanos Duncan, de la empresa, *Duncan Games*, están muy interesados quieren firmar un contrato lo antes posible. Debemos revisarlo mañana mismo —resoplé cansada, deseaba volver a casa cuanto antes.

Necesitaba rodearme de los recuerdos de mi padre, ellos me darían la fuerza para soportar y encontrarle una salida a toda esa situación.

—Señor Carson. ¿Es necesario que esté presente?

—Sin usted no podremos firmarlo. Ellos quieren que los representes en la pista de *Daytona*. Recuerda Nicole, esa carrera es en dos semanas.

Dos semanas era muy poco tiempo. Exhalé todo el aire retenido en mis pulmones, tal vez los hermanos Duncan, eran esa luz al final del túnel que necesitaba para salir de ese aprieto.

—Está bien, señor Carson, iremos después del desayuno.

—Excelente decisión Nicole, la dejo descansar. Hasta mañana.

Cerré la llamada dejándome caer en una de las sillas, sintiéndome derrotada.

Max

— ¿Estás seguro que todo está en orden con el contrato de Nicole Calaway? ¿No te parece que se te ha ido un poco la mano? —mi hermano Frank era el señor preocupación, así lo habíamos bautizado en la intimidad del seno familiar.

—Quédate tranquilo. Tengo plena seguridad de que todo va a salir bien. Sólo falta que Calaway esté de acuerdo con las cláusulas y lo firme sin ninguna duda —le aseguré mientras le daba instrucciones al chofer para dejar a Frank en el apartamento de Carol.

— ¿Vas a salir esta noche? —preguntó preocupado.

—Esta noche pretendo divertirme con mi ex terapeuta —solté una carcajada—. Me voy a encontrar con Rebeca, te dejaremos en casa de Carol y sigo mi camino a la lujuria —reímos al mismo tiempo— ¿Cómo van las cosas con tu novia? —Frank cambió su expresión.

—Es una chica complicada, pero tú querido hermano eres un cabrón con suerte —me palmeó el hombro antes de salir del auto—. Nos vemos mañana.

Tuve que mentirle a Frank, no quería que se enterara de mi particular interés por Nicole. Ella era a la que realmente tenía intenciones de visitar.

George condujo hasta el hotel donde ella se alojaba. No iba a permitir que se escurriera de mis manos tan rápido como la última vez. Esta era mi oportunidad de volver a verla, no la desaprovecharía.

Me desplazé por las fotos grabadas en el móvil hasta encontrar la que nos tomó su madre, definitivamente era una mujer hermosa, profesional y muy segura. Había conseguido su número a través de su representante.

Le mandé la foto en la que salíamos sonrientes por un mensaje de texto, mientras mi chofer detenía el auto frente a la entrada.

Esperé unos minutos sin obtener una respuesta de su parte, algo que no me extrañaba viniendo de ella. Aunque no la conocía todavía, se le notaba a leguas que era una chica desconfiada.

En lo que estaba a punto de enviarle otro mensaje, ella me sorprendió con uno.

Nicole: No debió tomarse la molestia. Tenía entendido que la fotografía era para usted.

Una sonrisa adornó mi rostro, me gustaba el sentido del humor de esa chica.

Max: Usted también sale en ella, creí que sería un bonito recuerdo.

Nicole: Ni siquiera voy a preguntarle como obtuvo mi número.

Por lo menos no era tímida o estaba acostumbrada al acoso, después de todo era famosa.

Max: Mi intención es invitarle una copa.

Nicole: No soy la clase de chica a la que se invita una copa.

Me sentí impaciente necesitaba verla, no estaba dispuesto a aceptar una negativa de su parte.

Max: ¿A qué clase de chica pertenece usted, mi querida Nicole Calaway?

Nicole: Soy más de té helado, café y bebida energética... creo que no del tipo con el que usted está acostumbrado a tratar.

Solté una carcajada, ella había dado en el blanco, me gustaba salir con mujeres extrovertidas, algo mundanas. Pero había algo en Nicole Calaway, que me atraía con intensidad.

Max: Me declaro un fan de todo lo que ha dicho, en especial el café. ¿Qué le parece si baja y se toma uno conmigo?

Su respuesta tardó en llegar, de seguro se debatía entre cual sería la mejor forma de rechazarme.

Debía ser paciente y seguir insistiendo no me podía dar por vencido tan rápido, aunque era la primera vez que una mujer se hacía de rogar conmigo.

Cinco minutos más tarde llegó su respuesta.

Nicole: Si le digo que “NO” ¿desistirá?

Yo no desisto hasta no obtener lo que deseo, pero claro ella todavía no me conoce.

Max: ¡Nunca! Insistir es mi segundo apellido.

Nicole: Lo veré en unos minutos en el vestíbulo del hotel. Imagino que posee esa información. ¿Me equivoco?

Una chica intuitiva. Era definitivo, esa mujer tenía que ser para mí.

Max: No se equivoca. La espero el tiempo que sea necesario.

De la alegría solté una carcajada, bajé del auto y caminé despacio hasta el sitio de encuentro. Sintiéndome cargado de adrenalina, como si estuviera a punto de ganar una gran apuesta.

« ¿Era Nicole la causa de mi euforia? ¿Será ella la pieza que le falta a mi vida? ¿Por cuánto tiempo me hará sentir de esta manera? »

Caminé con lentitud hasta el vestíbulo sumido en mis pensamientos. Recorrí el espacio hasta dar con ella.

Mis ojos la recorrieron de pie a cabeza. Vestía vaqueros ajustados, camiseta negra y sandalias altas. Su cabello estaba trenzado a un lado, haciéndola lucir más joven de lo que era, y ese aire de chica dura que desprendía, me superaba.

Capítulo 6

Nicole

Segundos más tarde después de terminar la llamada con el señor Carson, entró un mensaje de texto de un número desconocido. Cuando lo abrí me conseguí con una imagen, que de inmediato me sacó una sonrisa. La foto que me tomé con Max apareció en pantalla.

Admitir que salíamos muy bien juntos era poco, después de verla pude sentir un cambio positivo en mi estado ánimo. Ese hombre era intenso, todavía no tenía claro si me gustaba o me disgustaba.

Me animé a responderle su mensaje de texto, siempre manteniéndome en mi lugar, sin darle muchas esperanzas. Pero él no desistió y cuando me escribió diciendo que su segundo apellido era «Insistir» estallé en carcajadas.

No había forma de deshacerme de él. Lo mejor sería aceptar su invitación, averiguar que se traía entre manos y cuáles eran sus verdaderas intenciones con respecto a la carrera de *Daytona*.

Lo encontré de pie en el medio del salón, Max me observaba minuciosamente mientras caminaba hasta quedar justo frente a él.

—Buenas noches señor Duncan, me ha sacado de la cama. Espero valga la pena ese café —comenté esbozando una pequeña sonrisa.

—Entonces soy un hombre afortunado, le prometo señorita Calaway, que no se arrepentirá.

Max, me ofreció su brazo como todo un caballero, su gesto me fascinó. Lo tomé con soltura para dejarme guiar hasta el bar del hotel.

Al entrar la camarera nos acompañó hasta una mesa para dos, ubicada en la mitad de la estancia. El lugar estaba abarrotado. Antes de irse colocó la carta frente a nosotros.

—Me gustaría preguntarte algo antes de continuar —dijo tratando de romper el hielo.

—Lo que quiera.

— ¿Te puedo tutear? —Asentí ligeramente con la cabeza—.Qué bueno, las formalidades me angustian —su sonrisa era tan genuina que lo hacía ver aún más atractivo.

— ¿A qué se debe esta invitación? ¿Es acerca del contrato? —pregunté para satisfacer mi curiosidad.

—Quería felicitarte por la carrera. La noche que nos conocimos no sabía que eras la famosa Nicole Calaway. Hasta esta mañana —su confesión me agradó, logrando que creciera mi interés.

« ¿Quién es este hombre y qué quiere de mí?» me pregunté de inmediato.

—Gracias, pero ya vez no soy tan famosa como crees, todavía hay personas que no me reconocen —le aclaré mientras jugaba con la servilleta de tela que estaba sobre la mesa.

Por suerte la camarera apareció para tomar nuestra orden. Intentamos pedir café, pero se nos informó que por la hora ya se había terminado. Así que nos decidimos por té helado y un aperitivo para dos.

—No tienes nada que agradecer, por cierto sigo preocupado por el estado de tu blusa, nunca recibí una llamada de tu parte, mucho menos una factura —los dos sonreímos y sin darme cuenta aleteé mis pestañas con coquetería.

—No te vayas a reír, pero mi madre pudo sacarle la mancha, así que no tenía una excusa válida —le aclaré, no quería que me tomara por aburrída.

Max le dio una palmadita a la mesa y soltó una carcajada.

— ¡Qué suerte la mía! —lo observé con cuidado.

Sus ojos grises le brillaban con la misma intensidad que la noche que lo vi por primera vez, su amplia sonrisa era cautivadora y esa pequeña arruga que se le hacía en la frente era adorable.

La camarera regresó con nuestras bebidas y las colocó frente a nosotros. Max chocó su vaso contra el mío y añadió:

—Brindo por los encuentros atropellados y las mujeres arriesgadas —comentó

alegremente mientras sus ojos grises se posaban en los míos.

—Brindo por el té helado en buena compañía —agregué sosteniendo su mirada.

— ¿Estas saliendo con alguien Nicole? —su pregunta me sorprendió.

Max se puso serio y con gesto cariñoso posó su mano sobre la mía. Ese hombre no se andaba por las ramas, era directo y muy espontáneo.

—Pensaba que esa información ya la tenías —le solté sin apartar mis ojos de los suyos.

Le di un trago a la bebida para disimular mi repentino nerviosismo. Creo que Max se dio cuenta porque su mano oprimió la mía ligeramente, era cálida, suave. Su contacto me era agradable.

—Deseo escuchar esa información de tus labios... —Max dejó la frase sin terminar, para posar sus ojos sobre mis labios.

De manera espontánea mordí mi labio inferior, mi corazón comenzó a latir a mil por hora. No lograba explicarme la razón de mi nerviosismo. Estaba acostumbrada a estar rodeada de hombres. De hecho competía con ellos para ganarme la vida.

¿Cómo una persona que sólo había visto un par de veces en mi vida tenía el poder de despertar emociones que estaban dormidas? Ni siquiera mi antiguo novio consiguió afectarme de ese modo.

—No. Mi carrera es mi único interés —contesté seria. Quería dar el tema por terminado.

—Tu carrera me parece fascinante —en lo que terminó la frase soltó mi mano con suavidad. La camarera había llegado con el aperitivo— Por favor, cuéntame cómo fueron tus inicios.

Mi momento de incomodidad pasó, Max era un hombre divertido, atento y muy agradable, apartando el hecho de que era apuesto a rabiar.

Le hable sin entrar en muchos detalles acerca de mi pasión por la velocidad, mi constante entrenamiento, y el apoyo de mis padres.

Me hizo preguntas acerca de Iowa, luego mencionó tratar de no retrasar nuestro vuelo del día siguiente, aunque siempre dejándome claro que todo dependía de mí y del famoso contrato.

En lo que se acabó mi bebida me recordé que debía despedirme. Esa no era una

cita y si nuestra intención era trabajar juntos en un futuro, lo mejor sería mantener las distancias... para mi desgracia.

—Debo irme Max, gracias por la agradable velada —Max, tomó mi mano para besarla con delicadeza.

Su gesto apasionado incitó mi cuerpo, haciéndome sentir un delicioso cosquilleo que me recorrió desde la punta de los dedos de mis pies hasta la cima de mi cabeza.

— ¿Por qué tan pronto? —se quejó con voz grave parecía estar haciendo un puchero, luego colocó mi palma en su mejilla. El contacto terminó de avivar una llama casi dormida dentro de mí.

« ¡Dios! No puedo con él, es demasiado coqueto».

Me ruboricé como una colegiala, mariposas revolotearon en mi estómago. Confesar que en mi vida me había sentido tan seducida como en ese momento, era ridículo.

—Estoy cansada —dije con una voz que ni yo misma reconocí.

Me sentía fascinada por ese hombre que había visto tan pocas veces, se le notaba confiado, tranquilo, seguro de sí mismo y siempre dispuesto a tener la última palabra.

—Te entiendo —suspiró con desilusión para luego agregar—.Pago la cuenta y te acompaño al elevador —sentenció con elegancia.

Caminamos en silencio hasta los ascensores. Comencé a contemplar las posibles despedidas: Quizá con un apretón de manos. También podría darle un ligero abrazo o sencillamente girarme sobre mis talones, entrar al elevador y sacudir la mano antes de que las puertas se cierran.

Max Duncan, se tomó la libertad de demostrarme esa noche lo rápido y astuto que era en el arte de la seducción. Uno de sus brazos rodeó mi cintura, estrechándome firmemente contra su duro cuerpo. Mi sorpresa fue tal que hasta un leve gemido se escapó de mis labios.

Él me enajenaba como ningún otro y eso era realmente peligroso.

—Nos vemos mañana en mi oficina Nicole —murmuró en mi oído. Me plantó un beso muy cerca de la comisura de mis labios y añadió —: Desde ya estoy contando los minutos.

Max

Mientras caminábamos sin pronunciar una palabra, mi mente no paraba de recordar el momento tan agradable que habíamos vivido dentro del restaurante.

Ella poseía una forma muy particular de seducirme con la mirada, su tímida sonrisa, su postura elegante, su hermoso cuerpo. Aunque la camiseta que llevaba puesta no mostraba nada de piel, se le ajustaba perfectamente en sus pechos y ese cabello trenzado a un lado, junto al aleteo de sus pestañas me tenían completamente atrapado.

Durante la conversación pude descubrir que Nicole era una chica dulce, amable y sencilla. Que jugaba a ser distante, intocable. Seguro tenía que ver con su carrera y ese aire de celebridad que debía mantener.

Al posar mi mano sobre la de ella pude sentir lo suave y delicada que era su piel. No me aguanté y la llevé directo a mis labios para besarla, Nicole se quedó congelada, ni siquiera parpadeó. Luego cuando la deslicé por mi mejilla porque necesitaba sentirla aunque fuera con una pequeña caricia, logré darme cuenta cómo contuvo la respiración.

« ¿Estaba incómoda?» ¡Nah! No lo creo, no hizo ningún movimiento para apartarla. Lo más seguro era que la había puesto nerviosa.

Al llegar a los elevadores no fui capaz de contenerme un minuto más. Necesitaba tenerla en mis brazos aunque fuera por un par de segundos. Me aventuré y rodeé su pequeña cintura pegándola a mi pecho.

Sentí como se agitó su respiración hasta escuché un pequeño gemido que se escapó de sus labios. La había sorprendido con mi repentino arranque apasionado.

Observé sus labios por un segundo, estaba tentado a robarle un beso pero no quería pasarme de la raya en nuestro primer encuentro. Debía asegurar la reunión de mañana.

Giré un poco la cabeza y le hablé al oído en tono seductor. Rozando a propósito su

mejilla. La sentí vibrar entre mis brazos, esa fue la señal que había esperado toda la noche. No le era indiferente así que aproveché mi suerte y besé con delicadeza su mejilla, mejor dicho la comisura de sus labios.

Me separé despacio y observé una expresión contrariada en su rostro. Negó con la cabeza sin decir una palabra.

Bajó el semblante, creo que trataba de ocultar una pequeña sonrisa y sin más desapareció tras las puertas del elevador seguida de un grupo de personas.

Tal vez después de todo me había pasado de la línea, pero ya estaba hecho no había vuelta atrás. Mi única esperanza era que ella se presentara en las oficinas de *Duncan Games*, con su representante al día siguiente.

Me reprendí por mi absurdo comportamiento todo el camino a casa. Había actuado como un chiquillo desesperado, no cómo un hombre de treinta años. Pero esa mujer tenía algo... esa belleza exótica que despertaba en mí otro yo, un perfecto desconocido, un hombre atrevido, impetuoso, hasta imprudente.

«Debo disculparme, pero ¿cómo lo hago?», comencé a cuestionarme. « ¿Una llamada?» ¡No!, de seguro me cuelga el teléfono al escuchar mi voz. «Puede que un mensaje de texto sea la solución», pensé.

Max: Te pido disculpas Nicole, creo que me excedí un poco al despedirme.

Esperé impaciente por su respuesta tratando de concentrarme en el paisaje, mientras George seguía conduciendo dentro del vecindario.

Cuando estaba a punto de perder las esperanzas de volver a saber de ella entró un mensaje de texto.

Nicole: Espero no se vuelva a repetir señor Duncan.

¡Ahh! Intentaba hacerse la indiferente. No me podía contener, su juego me arrastraba a seguir intentándolo.

Max: ¿Señor Duncan?

No obtuve respuesta de su parte, de seguro estaba molesta. Le mandé otro mensaje.

Max: ¿De verdad crees que fui excesivo Nicole?

Esa noche descubrí, que me gustaba fastidiarla, impacientarla, ver hasta donde me dejaba llegar. Ella era un hueso duro de roer.... ¡Mmm!, se había vuelto un reto para mí.

Nicole: No abuse de su suerte señor Duncan.

Solté una carcajada, lo mejor será no provocarla más.

Max: Hasta mañana Nicole. Buenas noches.

Nicole: Buenas noches.

Capítulo 7

Nicole

De una patada cerré la puerta de la habitación. Max Duncan se había tomado demasiadas atribuciones para un primer encuentro. Resoplé mientras me cambiaba de ropa por el pijama.

Lo peor de todo no era su comportamiento, era el mío.

Me reprendí mentalmente: « ¿Cómo no me zafé de su agarre en la mesa del restaurante? ¿Por qué no lo empujé y abofeteé frente a los elevadores?»

Me comporté como una estúpida. « ¿Qué me estaba sucediendo con ese hombre?»

No podía permitir que ocurriera de nuevo. Por un momento pensé que me había hipnotizado con sus ojos grises, sus labios carnosos y su mejor atributo... su voz, ronca y sexy.

Me tumbé en la cama tapando mi rostro con la almohada, tratando de ahogar un grito de frustración. Resoplé molesta intentando calmar mi humor irritado. Un par de minutos más tarde, solté una carcajada.

— ¡Me estoy volviendo loca! —exclamé en voz alta.

Sí eso debía ser, estaba perdiendo la cabeza y lo peor de todo era que no podía apartarlo de mi mente.

El móvil sonó avisándome la entrada de un mensaje de texto. Lo revisé para comprobar de quién se trataba, al ver nuestra fotografía supe que era él, el señor Duncan.

Así era como debía seguir llamándolo si quería trabajar en un futuro a su lado. Esta vez debía ser cuidadosa y no mezclar los negocios con el placer.

Leí su mensaje, Max se disculpó brevemente por su comportamiento. Una tonta sonrisa se instaló en mi rostro no pude evitarla. Podía asegurar que su estilo me estaba gustando, era un hombre diferente a los que acostumbraba a tratar.

« ¿Podríamos continuar trabajando juntos si algo llegara a ocurrir entre nosotros?», me pregunté preocupada.

«Necesitaba un nuevo patrocinador», esa era una realidad.

Dejé pasar veinte minutos quería darme un poco de importancia, luego le respondí su mensaje de texto.

Dejándole claro que su espontáneo comportamiento no se podía volver a repetir. Él sin embargo, aprovechando su frescura seguía tratando de insistir en el tema. Lo reté diciéndole que no abusara de su confianza, para despedirnos con un seco: «buenas noches». Solté el teléfono dándome cuenta que seguía sonriendo.

Hacía tanto tiempo que no lo hacía con naturalidad. Desde la muerte de mi padre me había vuelto sombría, no solía ser así pero su pérdida fue y seguía siendo un duro golpe para mí.

Tenía que admitir que el insolente comportamiento de ese hombre, logró mejorar mi mal humor. Quizás Max, con su personalidad impulsiva e insistente no era tan malo después de todo.

Ese fue mi último pensamiento antes de caer rendida en la mullida cama de ese lujoso hotel.

Después de tomar el desayuno junto a mamá, el señor Carson y yo nos fuimos a las oficinas de *Duncan Games*. Estaban situadas no muy lejos de donde nos hospedábamos.

El señor Carson, nos anunció en la recepción, cinco minutos más tarde apareció el hermano de Max. Frank nos saludó con un apretón de manos para luego guiarnos a la sala de juntas.

Por primera vez se le veía sonriente, atento y muy agradable para mi sorpresa. Luego de ponernos cómodos Frank nos explicó:

—Les pido disculpas mi hermano Max, se reunirá con nosotros en un rato, está atendiendo una llamada con Londres —se aclaró la garganta mientras soltaba el botón de la chaqueta de su elegante traje antes de continuar— ¿Desean algo de tomar? ¿Un café? ¿Agua?

—No gracias, acabamos de desayunar —explicó el señor Carson.

—Muy bien —abrió una carpeta que entregó a mi manager—.Este es el contrato.

Los dejo solos para que puedan leerlo con calma, vuelvo en un rato —Asentí mientras Carson se colocaba sus gafas de lectura.

Frank salió de inmediato, se le veía apurado pero lo que en realidad me contrariaba era la ausencia de Max. La noche anterior había mencionado en un par de ocasiones lo encantado que estaba en estar presente para la firma, como también en estar contando los minutos con impaciencia. Lo curioso era que brillaba por su ausencia.

Las señas del señor Carson, me sacaron de mis pensamientos.

—Todo está en perfecto orden, aunque el señor Duncan, tiene unos pedidos que solo tú puedes aprobar —me observó con curiosidad.

— ¿Pedidos? ¿Qué clase de pedidos? —pregunté sorprendida.

Carson, me acercó el contrato señalándome las peticiones con un bolígrafo. Mi boca se abrió del asombro y me pregunté: « ¿todo este asunto estaba planeado?».

Mis alarmas se activaron avisándome que había peligro en el camino. Lo más conveniente era pasar esa oportunidad. Aunque me costara romper la promesa de mi padre.

Encaré al señor Carson, negando con la cabeza. Me sentía indignada, exasperada y furiosa. Me levanté de la silla y caminé hacia la ventana tratando de buscar la mejor manera de actuar en una situación como esa.

Al cabo de unos minutos había tomado una decisión. Me giré y me encontré con la mirada indagadora de Carson.

—No voy a aceptar ese contrato. Me voy a casa —tomé el bolso con determinación.

—Espera Nicole, piénsalo podemos hablar con ellos y llegar a un acuerdo.

—Señor Carson, ¿de verdad me está pidiendo que lo piense? Déjeme aclararle algo, busco un patrocinador. No que me venda al mejor postor —coloqué el bolso sobre mi hombro y caminé hacia la puerta pero me detuve en seco al escuchar sus palabras.

—Todavía no digamos la última palabra, se lo pido Nicole es por su carrera, necesitamos a esta gente. Le prometo que usted puede negociar y estará contenta.

Tal vez tenía razón, esta era una de esas situaciones que todavía no sabía manejar. Seguía siendo novata, impulsiva y orgullosa. Mi padre no me había enseñado esa parte del negocio.

Suspiré sintiéndome vencida, sin fuerzas para continuar con ese asunto. Deseaba salir corriendo a refugiarme en la casa de mis padres.

—Arregle lo que considere señor Carson, pero no pretenda que me quede a discutir —hice una pausa para abrir la puerta, antes de salir añadí—: Eso que ellos llaman contrato yo lo llamo un insulto.

Caminé a grandes pasos por un largo pasillo sumida en mis pensamientos. Antes de llegar al vestíbulo una figura oscura y de voz gruesa, se detuvo frente a mí.

—Buenos días, Nicole, acaso ¿ya vas de salida? —Max sonrió de medio lado.

Lucía tan informal como de costumbre, me sujetaba los brazos al parecer estuvimos a punto de chocar.

—Buenos días, el señor Carson se quedó esperándolo —me soltó con suavidad dedicándome una mirada inquisitiva—.Lo siento, tengo un vuelo que abordar. Que tenga un buen día.

—Espera por favor —trató de detenerme.

—Gracias por su tiempo, señor Duncan —no lo dejé continuar me zafé de su agarre con delicadeza. Caminé tan rápido como pude sin darle tiempo a replicar.

Logré salir de aquel edificio con un sabor amargo en la boca. Las esperanzas de obtener un nuevo patrocinador se habían ido por la borda.

Revisé el móvil dónde aparecía que tenía una llamada perdida de mi hermano Jack, no había dejado mensaje lo cual era muy normal en él.

Mi hermano era el menor de los dos, tenía veintitrés años, era fotógrafo. Un chico inteligente, creativo, bohemio y sobre todo muy trabajador. Al finalizar la secundaria se fue a vivir a Nueva York persiguiendo sus sueños. Yo lo adoraba y lo admiraba, aunque no compartiéramos los mismos gustos.

Jack, odiaba las carreras de autos, odiaba el pequeño suburbio de Iowa donde vivíamos y sobre todo mi pasión por la velocidad.

Pero a pesar de todo era un hermano fantástico, un buen hijo, siempre estaba pendiente de nosotras. Cada vez que me tocaba visitar la *Gran Manzana* me quedaba en su pequeño apartamento.

Terminábamos muertos de la risa cuando compartíamos recuerdos de nuestra niñez, para luego ponernos al día con nuestras vidas. Jack era un enamorado de la

fotografía, la moda y las mujeres. Me encantaba escuchar sus novelescas aventuras mientras nos comíamos una pizza.

Le mandé un mensaje de texto, no me sentía de ánimo para hablar con nadie.

Nicole: En camino a buscar a mamá para ir al aeropuerto dirección Iowa, tu lugar favorito en todo el mundo.

Le escribí con ironía, imaginándolo poner sus ojos en blanco y resoplar.

Jack: Gracias por recordármelo, siempre tan dulce hermanita.

Nicole: De nada, me gusta hacerte feliz... jajaja.

Jack: ¿Cuándo saldrás de ese pueblo?, necesito verte.

Nicole: ¿Está todo bien? ¿Necesitas dinero?

Jack: Estoy bien.

Nicole: Te aviso pronto, no tengo el itinerario a la mano. Te mando un beso.

Sabía que algo no andaba bien, pero no quería insistirle. Me monté en un taxi que me llevó hasta el hotel. Le había mandado un mensaje a mi madre para que me esperara en la entrada.

Mamá era una persona leal, me conocía demasiado bien cómo para darse cuenta que no estaba dispuesta a conversar. Ella prefería quedarse callada y esperar con paciencia a que le contara por cuenta propia. Se subió en la parte trasera del auto palmeando mi pierna.

—Todo va a estar bien hija, confía en mí —sentenció con tranquilidad.

Sin embargo, un par de preguntas me taladraban la cabeza: ¿Cuáles son las verdaderas intenciones de Max Duncan? ¿Qué busca de mí con ese contrato?

Capítulo 8

Max

Al ver la expresión molesta en el rostro de Nicole, junté las piezas en mi cabeza. Sus pasos fueron rápidos y determinados. Era una mujer orgullosa, altiva y segura, pero yo estaba confiado que había visto detrás de su máscara, se le veía afectada, desilusionada tal vez.

Era definitivo el contrato no había sido de su agrado. Sinceramente no me esperaba menos de ella. Creo que me hubiera desilusionado si aceptaba todas las condiciones sin chistar.

Me dirigí a la sala de juntas para conseguir al señor Carson, quien estaba bastante molesto, me observó fijamente mientras con el dedo señalaba el contrato.

— ¿Es esto una broma señor Duncan? La señorita Calaway se fue sintiéndose indignada, la palabra que le dio a este contrato fue: “Insulto”, ¿qué tiene que decirme?

Pasé una mano por mi cabello, la situación me parecía un tanto ridícula. Rodeé la mesa y lo invité a sentarse. Tenía que llegar a un acuerdo lo más pronto posible. La apuesta ya estaba hecha y no pensaba perder mi dinero.

—Usted sabe muy bien que podemos negociar las cláusulas con las que no estén conformes —me acomodé en la silla para continuar—. Mi intención señor Carson, es que lleguemos a un acuerdo antes de que termine la semana.

— ¿Por qué tanto apuro? —inquirió desconfiado.

—Por temas de mercadeo necesito que Nicole Calaway, salga a correr en la pista de *Daytona*... por supuesto representándonos. Dígame cómo puedo encontrar a la señorita Calaway y este problema será solucionado. Estoy dispuesto a ocuparme personalmente si es necesario —le aseguré serio sin desviar la mirada.

—Está bien señor Duncan, pero antes de irme me gustaría dejarle claro que la señorita Calaway, no es un objeto que usted está comprando. Métaselo en la cabeza —

tomó el contrato y lo introdujo en su maletín, al llegar a la puerta completó— Le enviaré la información que necesita para encontrarla por un mensaje de texto.

Me evaluó con incredulidad asintiendo con la cabeza sin decir una palabra, luego se dio media vuelta y salió sin despedirse, tan apurado que no se dio cuenta que se tropezó con Frank. Me gustaba verlo pelear por los derechos de Nicole, se notaba que la apreciaba.

— ¿Cómo nos fue con el contrato de Calaway? —mi hermano entró intrigado a la sala de reuniones.

—Todo ha salido como lo he planeado, no te preocupes Frank...

— ¿Que no me preocupe? —Soltó una carcajada—. No lo estoy pero si te digo ese hombre lucía molesto, admite Max, se te fue la mano —volvió a reír el muy cabrón.

Encendí un cigarro y asentí en silencio mientras le daba una larga calada.

—Lo admito, me encargaré personalmente de arreglarlo.

—Buena suerte con eso.

Después de haber ganado una buena cantidad de dinero la noche anterior, necesitaba que ese contrato se firmara. Había vuelto a apostar, esta vez en la pista de *Daytona*, no podía pasar por alto esa oportunidad.

Me dispuse a continuar el día aunque ya no gozaba del mismo humor. Bajé a la sala de desarrollo de software, dónde me entretuve con los chicos hablando del nuevo proyecto que tenía en mente. Después del almuerzo me instalé en mi oficina a revisar los correos electrónicos.

El último era del señor Carson, resoplé fastidiado mi intuición me decía que eran malas noticias.

De: Jerry Carson

Para: Max Duncan

Le escribo para informarle que la señorita Nicole Calaway, no está interesada en continuar con las negociaciones del contrato.

Gracias por su tiempo y que tenga un buen día.

Jerry Carson

— ¡Maldición!

Nicole

Eran pasadas las diez de la noche, me encontraba en la parte trasera de la casa tomando café. El invierno en Iowa era fuerte, hacía un frío de los mil demonios. La acumulación de nieve ocultaba todo el pasto.

Disfrutaba sentarme en el sillón favorito de papá, acompañada de mis recuerdos al ver un viejo columpio de cuando era una niña... y si prestaba atención a lo lejos podía llegar a oír las carcajadas de mi padre.

A pesar de que había pasado un año de su muerte, lo seguía extrañando demasiado. Un par de lágrimas rodaron por mis mejillas al recordar sus palabras de aliento cuando las cosas no me salían como lo esperaba. Después de lo ocurrido con la cadena *Bronty* y el ridículo contrato de los hermanos Duncan, la promesa hecha a mi padre se estaba volviendo difícil de cumplir.

Le había prometido correr en las tres pistas más importantes para él: *Michigan*, *Watkins* y *Talladega*. Debía llegar en los primeros diez puestos, ya luego podía retirarme si quería. Pero encontrar un patrocinador no era una tarea fácil.

El señor Carson, intentó convencerme para cambiar las absurdas cláusulas pero decidí que lo mejor era dejarlo pasar, prefería concentrar toda mi energía en el futuro.

Por años viví independiente en mi propio apartamento, pero cuando a mi padre le diagnosticaron cáncer de riñón decidí regresar. Tomé la decisión de estar a su lado en todo momento.

Un año más tarde, Todavía no me sentía lista para dejar el nido, además contaba con la excusa de no dejar sola a mamá. Sabía que ella vendería la casa si se quedaba sola. Era una propiedad muy grande para una persona. No soportaba la idea, mientras pudiera no lo permitiría. La mayoría de mis recuerdos se quedarían en ella para siempre.

Mientras secaba mis lágrimas con el revés de la bufanda, mi madre salió a mi encuentro.

—Nicole, tenemos visita. Será mejor que entres —fruncí el ceño con sorpresa, una visita a esa hora era muy extraño— ¡Vamos!, el señor Duncan espera en la sala por ti.

Una nube de confusión me invadió, pero también una extraña emoción se apoderó de mi cuerpo al escuchar su nombre. Negué con la cabeza tratando de poner mis ideas en orden.

«¿Qué hace aquí? ¡Demonios! Voy a matar al señor Carson si me entero que fue él quien le dio la dirección» pensé.

Antes de entrar a la sala inhalé hondo, ante todo debía ser profesional. Comencé quitándome el abrigo. Lo encontré sentado en el sofá, con una taza humeante de café entre sus manos.

Me observó con esa estúpida sonrisa que tanto me gustaba, me desarmaba y me dejaba sin aliento.

«Pero ¿cuánto tiempo lleva aquí?», me pregunté mentalmente sin salir de mi sorpresa.

—No sabía que estaba en Iowa, señor Duncan —remarqué cada letra de su apellido. Él se puso de pie y colocó la taza sobre la mesa.

—Veo que ya no me tuteas, Nicole —se acercó para ayudarme con la chaqueta, que colocó en un perchero en la esquina del salón junto a la de él.

—Así es, creo que es lo más adecuado. Dígame, ¿Qué lo trae por aquí?, estoy segura que este no es su tipo de vecindario —solté amargamente aunque me sentí mal después que lo dije.

No tenía motivos para ser grosera con él. Esta no era yo, Max no tenía la culpa de todas mis tragedias.

—Estoy aquí por invitación de la señora Calaway... —mamá apareció detrás de mí interrumpiéndolo.

—Alice, llámame Alice, ya habíamos quedado en eso Max —la mandíbula casi se me cayó al suelo. ¿Cuándo ha pasado todo esto? En seguida la miré con desconcierto —.Nicole, me he tomado la libertad de invitar a Max a quedarse con nosotras hasta que ustedes lleguen a un acuerdo con ese bendito contrato —se giró hacia Max y lo encaró con

seriedad—. Esa es la condición Max, no lo olvide —le aclaró muy seria—. Hablen y pónganse de acuerdo.

—No se preocupe Alice, esa es mi intención —mamá asintió para luego alejarse dejándonos solos.

Estaba admirada por la reacción de mi madre, había tomado el control de la situación sin mencionar una palabra.

—No debería perder su tiempo. No estoy interesada en trabajar con usted, señor Duncan —expresé muy tranquila porque por más que quisiera mi orgullo no me abandonaba.

Mientras me sentaba en una de las butacas, Max se inclinó frente a mí y colocó su mano sobre mis labios.

—No digas nada más Nicole, he venido en son de paz con la mejor de las intenciones —aclaró con ese tono de voz que me hacía erizar.

Me quedé tan quieta que parecía un maniquí. El contacto con su piel me ponía nerviosa, Max al darse cuenta la quitó mientras yo suspiraba como una chiquilla.

— ¿Qué quiere decir con la mejor de las intenciones? Señor Duncan —caminó en dirección al sofá donde se encontraba un bolso de cuero negro.

En ese preciso instante que me daba la espalda aproveché para evaluarlo sin ser descubierta. Vestía vaqueros, botas largas de nieve negras y una camisa de lana manga larga color azul. Se notaba que le gustaban los colores oscuros, aunque a Max cualquier cosa le quedaría bien.

Se giró hacia mí aclarando su garganta, el momento fue embarazoso. Bajé la mirada tratando de ocultar el rubor de mi rostro.

—Quiere decir que he traído el contrato para que lo leamos juntos, le hagamos los cambios que sean necesarios y terminar de una vez con este paso para poder seguir al siguiente. ¿Estás de acuerdo Nicole? —lo observé pensativa.

« ¿Por qué mamá lo había invitado? Acaso, ¿estábamos en serios problemas financieros? ¿Es que no podemos esperar a conseguir otro patrocinador? ».

Ella debía estar preocupada por nuestro futuro, no podía defraudarla.

—Usted gana Señor Duncan, veamos ese contrato —me levanté y lo invité a seguirme para sentarnos en la pequeña mesa de la cocina.

Nos pusimos cómodos, rellené las tazas con más café caliente y le ofrecí un bocadillo. Me lo imaginaba hambriento después del viaje. Él agradecido lo tomó y le dio un mordisco.

—Además de ser competente tras el volante, posees talento en el arte de la cocina —su comentario me hizo reír.

—No se emocione mucho señor Duncan, sólo se hacer sándwiches, café y té helado. Un menú bastante reducido pero en el que he podido sobrevivir.

—Me temo que tu mamá te cuida muy bien —volvió con su galanteo, ese hombre no se daba por vencido.

Ya me lo había advertido él mismo. Insistir era su segundo apellido.

Capítulo 9

Max

Coloqué el contrato sobre la mesa mientras ella con amabilidad me preparaba algo de comer. Se le veía cómoda ejerciendo esas labores, pero luego me hizo reír cuando me comentó que en realidad no sabía hacer mucho en la cocina.

Bueno ya éramos dos. Juntos encontraríamos la forma de solucionar ese pequeño inconveniente.

«¿Juntos?», quizá el frío me estaba jugando una mala pasada, negué con la cabeza tratando de apartar esos extraños pensamientos de mi cabeza.

«Enfócate Max, recuerda el contrato, recuerda la apuesta».

—Dime cuales son las condiciones con las que no estás de acuerdo. Creo que sería lo más fácil —sugerí al tiempo que terminé mi último bocado.

Nicole con diligencia me señaló una lista de tres:

*Max Duncan puede cambiar al entrenador Luciano Facini por el de su conveniencia.

*Max Duncan acompañará a la señorita Nicole Calaway el día de la competencia.

*Mientras Nicole Calaway se encuentre en la ciudad de Dallas, deberá hospedarse en la residencia de Max Duncan.

—¿Qué le parece si comenzamos con la primera? —preguntó colocando su taza de café sobre la mesa.

—Perfecto Nicole —insistí en tutearla, me parecía ridículo tanta formalidad.

—Me niego a cambiar de entrenador. Luciano hace un trabajo estupendo, estoy muy contenta con él —dijo muy segura y con cierto deje de altanería, pasé la mano por mi cabello me sentía incómodo.

Me lo temía, en esa cláusula nos íbamos a pelear toda la noche, pretendía sacar a

ese hijo de puta de su equipo.

No deseaba verle la cara y recordar que ella había sido de él primero. Mi orgullo no me permitía compartirla. Era un hombre celoso a quién trataba de engañar. Además habían otros mejores que él.

—Existen otros muy buenos Nicole, estoy seguro que encontraremos uno más competente. Por lo visto se la llevan muy bien, porque a él si puedes tutearlo —clavé mis ojos en los de ella y vi cómo se incomodaba.

Nicole se arregló un mechón de pelo detrás de la oreja, un gesto tan natural en una mujer al que yo me quedé mirando como un tonto.

—Usted no entiende —suspiró parecía cansada—. En este negocio no es fácil congeniar con el entrenador. Comenzar de nuevo esa relación a este punto de mi carrera, sería una pérdida de tiempo.

Negué con la cabeza y me levanté de la silla. Ella era rápida y muy lista, pero en esa condición que había puesto a propósito no podría convencerme.

—Todo cambio es positivo Nicole, te aseguro que encontraré el mejor, podemos buscarlo juntos si eso hace que cambies de parecer.

Me repasó todo el cuerpo. Y lo que me provocó con su mirada era clasificado para mayores de edad. Deseaba tener a esa hermosa y terca mujer en mis brazos para hacerla cambiar de parecer.

Me acerqué y ella se levantó con mirada desafiante.

—Concedido, señor Duncan —declaró con tranquilidad, rozó mi brazo al pasar por un lado y agregó—. Con una condición —la detuve con suavidad tomándola de la muñeca para acercarla a mi cuerpo.

— ¿Cuál?

Estábamos demasiado cerca cuando le hice la pregunta, tenía mis ojos puestos en sus labios.

Sabía que no debía ser imprudente, que mi misión era salir de esa casa con el contrato firmado. Como también logrando que me tutelara de nuevo. Pero esa química loca que aparecía en mí cuando estaba a su lado, me era difícil de controlar.

Sentí como se agitaba su respiración. Vi como sus pechos subían y bajaban con rapidez, incliné mi rostro acercándome aún más dejándolo frente al de ella.

No paré de observarla, me gustaba esa chica arriesgada con cara de ángel.

No pude resistirme más...

Nicole

El sonido de los pasos de mamá acercándose a la cocina, concluyó nuestro momento íntimo. Estuvimos a punto de besarnos, Max se atrevió a rozar mis labios con los suyos fugazmente, fue mágico pero al escuchar las pisadas lo empujé.

Ahora me sentía avergonzada, mi comportamiento era totalmente inadmisible. Estaba nerviosa, agitada y hasta creo que me había sonrojado un poco.

Pretendí estar concentrada en el documento tratando de disimular mi contrariedad. Él por su parte debía pensar que estaba loca.

— ¿Y bien, como va todo? —preguntó mamá al darse cuenta que estábamos en completo silencio.

—Estamos avanzando Alice —contestó Max con educación, era muy respetuoso eso lo hacía más interesante.

— ¿No les parece que se ha hecho tarde? Podrían retomar el tema mañana temprano —sugirió—. Yo estoy exhausta, te he arreglado la casita de huéspedes Max —agregó.

—Gracias por la hospitalidad Alice, espero no causarles ninguna molestia —ella lo abrazó con efusividad, como si se conocieran de toda la vida.

—Para nada muchacho. Bueno me voy a la cama, que tengan buenas noches —la despedí con un abrazo y un beso en la mejilla.

— ¿Seguimos con la número dos? —preguntó Max mientras me regaló una sonrisa cómplice. Sonreí y negué con la cabeza.

—Eso de que me acompañaras el día de la carrera no estoy de acuerdo, puedes pasar un rato, mirar pero que estemos juntos no va a pasar. Ese día no soy buena compañía —suspiró parecía una buena señal.

—Concedido Nicole.

—Gracias —los dos sonreímos al mismo tiempo—. Continuemos con la última, la número tres señor Duncan... —caminó hacia la cafetera para traer la jarra y rellenar las tazas otra vez.

—Nicole, ¿de verdad no me vas a volver a tutear? —preguntó con curiosidad.

—No creo que sea conveniente —debía aprovechar la oportunidad para aclarar las cosas —Eso que estuvo a punto de pasar un momento atrás, no puede volver a ocurrir. Lo más correcto es que conservemos la distancia.

— ¿Eso fue lo que pasó con tu entrenador? —su mandíbula se tensó, se puso serio. Era curioso pero parecía celoso.

—No, señor Duncan —le aseguré.

No me gustaba hablar de mi vida privada, mucho menos con Max, todavía no estaba preparada para abrirle mi corazón.

Exhaló con fuerza después de colocar la jarra de café de vuelta. Sabía que no le gustaba que lo tratara de señor, pero tenía que admitir que me gustaba irritarlo un poquito.

—Nicole, por favor apiádate de mí, soy terrible llevando las formalidades —me rogó logrando que mi corazón se alegrara.

—Será mejor que continuemos, ¿o ya quiere que le enseñe donde va a dormir? — lo observé fijamente esperando su respuesta.

Lo sentí debatirse hasta que al fin respondió:

—Me gustaría terminar esta noche, si no es mucha molestia —le dio un sorbo a su café y completó—. Tengo que volver a Dallas mañana.

No sé por qué me decepcionó su respuesta, apuesto que tenía una novia que lo esperaba o quizá un gran negocio de millones de dólares que debía firmar.

—Por supuesto, continuemos —le aseguré aclarándome la garganta—. No me puedo hospedar en su casa —continué con la cláusula número tres.

— ¿Se puede saber la razón? —preguntó de lo más tranquilo.

— ¿En serio?

Lo desafié con la mirada, pero él ni cuenta se dio, pasó una mano por su cabello y le dio otro sorbo al café.

No lograba entender cómo podía pedirme que me quedara en su casa, lo más gracioso de todo era que contaba con que yo estuviera de acuerdo.

—Es en serio Nicole. ¿Cuál es el problema de quedarte en mi casa?

—No me parece apropiado, además de piloto también tengo mi carrera de modelo. No puedo dejarla a un lado señor Duncan...también necesito de total privacidad. No podría compartir mi espacio con alguien que no fuera mi familia —asintió, lucía pensativo.

—Me parece valido tu punto, yo también soy una persona muy privada, pero en este caso no le veo la necesidad de que te quedes en otro sitio. Mi casa es bastante amplia para los dos. Yo viajo muchísimo, puede que ni siquiera nos crucemos — clavé mis ojos en los suyos, esa era la condición que más me sacaba de mis casillas.

—Esta cláusula es la más absurda de todas —comenté con fastidio. Max alzó las cejas sorprendido.

—Me gustaría que lo pensaras Nicole —lo dijo con tanta calma restándole importancia, como si lo que acabó de pedirme fuera cualquier cosa haciéndome dudar.

« ¿Será que estoy siendo exagerada?, puede que no sea mala idea, a fin de cuentas no paso mucho tiempo en los hoteles donde me quedo, usualmente estoy entrenando el día entero y cuando estoy descansando uso mi tiempo para ir de compras».

Nos quedamos en completo silencio, sosteniendo nuestras miradas con determinación. El sonido de su móvil nos interrumpió, Max lo sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros para revisarlo. Dándome algo de tiempo para seguir atormentándome con la idea de rechazar o aceptar su oferta.

Tal vez, si Max no fuera tan apuesto, quizá sería más fácil tomar una decisión, pero el simple hecho de escuchar su voz me hacía estremecer, poniendo mi cuerpo en alerta y mis emociones a tope.

—Cuéntame Nicole. ¿Qué has decidido? —guardó su teléfono sin apartar sus ojos de los míos.

—Está bien señor Duncan, acepto —contesté resignada, soltando un largo suspiro.

« ¡Oh Dios! No sé si estará bien lo que hice, pero ya no había vuelta atrás».

Max esbozó una sonrisa tan grande que le llegó a los ojos, haciéndolos brillar con intensidad.

—Eres una mujer difícil para negociar Nicole Calaway —se levantó de la silla y se detuvo frente a mí—. Si te soy franco, no esperaba menos de ti. Necesito que estés lista para dentro de dos semanas y corras en la pista de *Daytona*, representando *Duncan Games*... ¿Crees que puedas hacerlo? —me ofreció su mano para cerrar el trato.

Le sonreí, después de todo estaba agradecida con mi madre por haberlo llamado. Ahora podía ver una luz al final del túnel. Además, la pista de *Daytona* era una de mis favoritas, no tendría problemas para conseguir un buen puesto. De eso estaba segura.

—Sí, puedo hacerlo. No se preocupe —me levanté para estrecharla, Max la envolvió con su otra mano.

Mis ojos se empañaron, me mordí el labio inferior tratando de reprimir las lágrimas que amenazaban con salir. No quería hacerlo frente a él, no debía ser considerada como una chica débil.

—Si esas lágrimas no son de felicidad después de todo lo que me has hecho pasar Nicole, me voy a molestar mucho contigo —comentó con dulzura, liberó mis manos para luego envolverme entre sus brazos.

Max no tenía idea de las nuevas sensaciones que despertaba en mí con ese gesto tan cariñoso y protector. Me hacía sentir en casa, cómoda y tranquila. La cercanía de su cuerpo, su olor particular a fresco, varonil, tan masculino, me mantenía derretida

Él era dulce, cariñoso y paciente. Cualidades difíciles de encontrar en una persona que apenas conoces. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, correspondí su abrazo rodeándolo por la cintura.

Me sentí tan cómoda y tan llena de paz que me dejé llevar y sin ningún tipo de vergüenza le di permiso a mis lágrimas, dejándolas salir para derramarlas sobre su pecho. La tensión del día me estaba pasando factura, pero ahora que había encontrado la solución me sentía satisfecha.

Capítulo 10

Max

«**N**icole tenía razón había sido un poco injusto en mis peticiones del contrato», pensé mientras le sostenía la mirada.

La vi decidida a no ceder me gustaba ese fuego en ella, lo determinada que podía ser cuando algo no le agradaba.

Me levanté de la silla y caminé hasta quedar frente a ella. Le hablé tan serio como a cualquier otro hombre de negocios.

Dejándole claro que la necesitaba lista para representar mi compañía en la próxima carrera. Al terminar de pronunciar la última palabra y extenderle la mano para cerrar nuestro acuerdo, pude notar cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, mi duro corazón se ablandó por ese gesto tan sentimental.

No me contuve liberé sus manos y la abracé. Quería que Nicole Calaway, a partir de ese momento solo llorara de alegría. Un instinto protector se despertó dentro de mi pecho.

Me sorprendí muchísimo cuando la sentí rodear mi cintura. Inhalé hondo al sentir que lloraba, mi intuición me decía que la dejara desahogarse. Tal vez era lo que necesitaba.

Acaricié su espalda tratando de consolarla, así pasamos no sé cuánto tiempo hasta que Nicole se alejó con los ojos clavados al piso.

—Lo siento señor Duncan, creo que he arruinado su camisa —buscó una servilleta para limpiar su hermoso rostro.

—Estamos a mano entonces, Nicole —expresé esbozando una sonrisa.

Aunque sus ojos estaban rojos por el llanto, seguía viéndose encantadora.

—Lo mejor será enseñarle donde va a dormir. Debe estar cansado por el viaje —

indicó para volver a ser la misma de hace unos minutos atrás: seria, distante, lejana.

Estaba decidido a no dejar la ciudad hasta ganarme un poco de su confianza. Y si corría con suerte podría marcharme con el sabor de sus labios y el sublime recuerdo de un beso apasionado.

—Me parece una excelente idea.

Recogí los papeles de la mesa para meterlos dentro del maletín. Me dirigí a la sala con la intención de tomar el morral que había traído con una muda de ropa.

Ella se puso su chaqueta de color blanco y me alcanzó la mía. Nos colocamos nuestras respectivas bufandas, gorros y guantes, para poder salir a una casa de invitados.

Luego de atravesar el patio trasero de la propiedad, encontramos una pequeña cabaña. Cuando abrió la puerta nos metimos tan rápido que chocamos, haciéndonos reír por nuestra torpeza.

—Voy a encender la calefacción, en menos de treinta minutos ya estará a buena temperatura. No se preocupe dormirá como un bebé —me aseguró más tranquila.

No le despecué los ojos de encima mientras la veía moverse con naturalidad. Me saqué el exceso de ropa y la seguí hasta una habitación.

— ¿Nos podemos tomar algo caliente? —le pregunté frotándome las manos. El frío era aterrador. Solté mis pocas pertenencias encima de una cama.

—Claro —se rió. Me hechizaba el sonido de su risa, sus ojos se veían pequeños, brillantes, felices, la nostalgia ya había pasado.

Se puso cómoda para después darme un pequeño recorrido del lugar.

—Es pequeña pero acogedora, gracias una vez más por la atención —le expresé.

—No hay nada que agradecer, acompáñeme —me hizo señas para que la siguiera hasta una diminuta cocina — ¿Le parece bien chocolate o preferiría un té señor Duncan?

«Y dale con lo de señor. Que mujer para ser terca».

—Un chocolate sería genial Nicole, gracias.

La dejé sola para dirigirme a la habitación. Nicole tenía razón, el sistema de calefacción era muy potente tanto que ahora me sentía acalorado.

Decidí quitarme la camisa de lana para cambiarla por una camiseta, que encontré en el fondo del morral.

Justo en lo que terminé de sacármela, me giré para dejarla colgada en el respaldo de una silla. Mis ojos se toparon con Nicole, se encontraba de pie bajo el marco de la puerta. Sosteniendo dos tazas de chocolate caliente.

Su boca se abrió al recorrer mis brazos y pectorales. Parecía que esa chica nunca había visto un hombre lleno de tatuajes.

—Lo siento —dijo soltando un suspiro—no sabía que se estaba cambiando, será mejor que lo deje solo.

Habló de prisa colocando una de las tazas sobre una mesa junto a la ventana. Se le veía nerviosa e incómoda.

—Por favor no te vallas, si te he puesto incómoda me vuelvo a poner la camisa. Es solo que sentí un poco de calor —me apresuré en decir y tomé la camisa de nuevo.

— ¡No!, no se la tiene que poner si tiene calor —me detuvo al ver que estaba a punto de ponérmela—.Lo espero en la cocina.

«Entonces le ha gustado lo que vio», sonreí por dentro.

Nicole se estaba metiendo bajo mi piel. Me gustaba ver su rostro lleno de curiosidad. Me puse la camiseta y la seguí en silencio hasta la cocina, guardando la esperanza de que quizá esa noche me convirtiera en un hijo de puta con suerte.

Mi idea era tenerla desnuda sobre una cama entre mis brazos y que mientras hacíamos el amor en la mitad de un gemido desesperado, me preguntara el significado de cada uno de mis tatuajes.

Nicole

¡Uff! Lo que acababa de ver me había dejado de piedra. Sus hombros, pechos y brazos, estaban completamente tatuados. Muchos colores y diferentes figuras llenaban su cuerpo. Y yo me sentía tentada a tocarlos.

Adoraba los tatuajes, de hecho tenía uno en la parte baja de mi espalda. Me parecían una muestra de rebeldía, libertad y dolor.

Tenía entendido que cada dibujo encerraba una historia. Mi curiosidad estaba a tope porque después de verlo sin camisa y comprobar lo varonil, sexy, provocativo y misterioso que lucía, no sería una tarea fácil mantener a Max Duncan, apartado de mi mente por mucho tiempo.

Cerré la boca al ser descubierta por sus imponentes ojos grises. Con el rubor en mis mejillas me disculpé para luego sugerirle que lo mejor sería marcharme.

Max, como siempre galante hasta se ofreció en ocultarlos tras su gruesa camisa, mientras yo casi suelto un grito de pánico, terror puro. Ocultarlos sería un acto de crueldad. Explicándole que no era necesario.

Ahora estábamos sentados en la cocina sin saber que decirnos, porque lo que se había instalado en esa habitación era una tensión sexual tan fuerte que nos era difícil hablar.

Si seguía observándolo de esa manera me vería en problemas. Aferré mis manos a la taza para tratar de enfocarme en otro punto de su fuerte y definido cuerpo que no fueran esos increíbles tatuajes.

Pero la curiosidad me asaltaba por momentos, deseaba preguntar respecto a ellos. De inmediato me recordé que debía mantener la distancia. Que nuestra relación era simplemente de negocios.

— ¿Por qué te has quedado tan callada? —preguntó alzando con una mano mi barbilla, obligándome a verlo a los ojos —. Sé que no tengo derecho, pero me gustaría saber por qué llorabas hace un rato —al ver que no respondí agregó sin soltarme— ¿Llorabas de tristeza o de felicidad?

—De felicidad, no tengo motivos para estar triste —me zafé de su agarre con suavidad.

No quería que se preocupara por mí, de todas formas, mi vida privada no era de su incumbencia.

—Bien, me quedo más tranquilo —suspiró y le dio un último sorbo al chocolate caliente. Luego se levantó para colocar la taza en la máquina lava vajillas.

Me levanté con la intención de regresar a casa. Pero cuando terminé de colocar la taza, lo sentí a mi lado.

Max tenía las mejillas un poco rosadas, no estaba segura si se había quemado por el frío o era el efecto del calor.

Su olor a fresco me envolvió, levanté el rostro para observarlo mejor.

Mi mano actuó con vida propia y sin darme cuenta me encontraba deslizando dos dedos sobre uno de sus tatuajes, era el rostro de una mujer, ella lucía triste. La curiosidad me estaba picando, se encontraba sobre su hombro derecho.

— ¿Te gustan los tatuajes Nicole? —preguntó con voz seductora.

—Sí, señor Duncan, me parecen fascinantes —expliqué con tranquilidad, me sorprendí cuando lo oí resoplar.

—Nicole, llámame Max por favor —colocó sus manos sobre mis hombros y me guió hasta posicionarme frente a él— ¿Será que puedes hacer eso por mí?

Su cara de cachorrito estaba a punto de convencerme. Max aprovechó y rodó sus manos hasta mi cuello, acariciándolo, rozándolo, estimulándolo de manera íntima con sutileza.

Se escapó un gemido de mis labios. Deseaba cerrar los ojos, dejarme llevar por las sensaciones que ese hombre audaz, resuelto y tan jodidamente masculino, producía en mí con tan solo el roce de sus dedos.

—Se ha hecho tarde... —expresé con un hilo de voz, ansiaba pasar una mano por su cabello...

—Entonces Nicole, ¿me vas a tutear? —él era tan insistente, ni por un instante detuvo sus caricias parecía disfrutar la forma como me hacía sentir.

—Acepto llamarte por tu nombre, sólo cuando estemos solos ¿estás de acuerdo? — con todo el dolor de mi alma me solté de su agarre para caminar con premura hasta el pequeño perchero donde estaban las chaquetas.

—Bueno, eso es un avance por ahora me conformo Nicole —me coloqué el segundo guante para abrir la puerta de la cabaña.

—Buenas noches Max. Hasta mañana —le guiñé un ojo y le regalé una sonrisa sugerente.

Lo dejé contemplándome con ojos confusos antes de salir.

Sonreí todo el camino de regreso a casa, me sentía contenta, tranquila, más segura. Ese sujeto había hecho que mis preocupaciones desaparecieran. Ahora sólo me quedaba entrenar como una loca para no quedarle mal.

Capítulo 11

Max

Estuve a punto de salir tras Nicole pero me contuve. Caminé por la cabaña como un león enjaulado, frustrado, desesperado y confundido.

Me costaba entender ese tira y afloja de su personalidad. Por momentos la sentía interesada, atraída y de repente... ¡Bamm!, era ausente, lejana y arrogante.

Resoplé cabreado hasta la médula. Ese papel de estar detrás de una mujer no era lo mío. Estaba acostumbrado a todo lo contrario. Necesitaba hacer una apuesta, tomarme una copa, fumarme un cigarro y tener mucho sexo. Pueda que esa sea la solución.

— ¡¿Pero qué diablos estoy pensando?! —exclamé en voz alta.

Me lancé sobre la cama sintiéndome apagado. Al cabo de unos minutos recordé las palabras del doctor Hill, mi nuevo terapeuta: *Cuando te sientas frustrado, acelerado, desesperado, trata de ocupar tu mente de manera positiva.*

Decidí ponerme a trabajar, saqué la portátil del maletín para arreglar el documento. Treinta minutos más tarde terminé de hacer todos los cambios necesarios.

Tomé el móvil y activé la alarma, la programé muy temprano. Desconocía las costumbres de esa familia, de todas formas no quería causarle a Alice una mala impresión, después de todo era su invitado.

Al fin me relajé y apagué las luces, cerré los ojos recordando el roce de sus dedos por mi tatuaje. Parecía hipnotizada, lo recorrió por completo causándome una escandalosa erección, que gracias al cielo pude disimular mientras acariciaba su cuello de manera provocativa.

Y por último esa insinuante sonrisa que me regaló antes de salir, me dejó con ganas de más. Se le veía apurada, acelerada, con urgencia de escapar.

«Nicole Calaway estaba huyendo de mí».

A las ocho en punto ya estaba saliendo de la cabaña en dirección a la casa. Necesitaba imprimir el documento para poder terminar con ese asunto. La avioneta me esperaba a las doce para volver a Dallas. Además, Frank me había avisado la noche anterior por un mensaje de texto que mi nueva *Harley Davidson*, mi motocicleta de tres ruedas me estaba esperando para probarla.

Al tocar la puerta Alice me abrió con una taza de café en la mano y una sonrisa que le alumbraba el rostro. Imaginé que su hija le había adelantado algo del contrato.

—Buenos días Max, pasa no te vayas a congelar.

—Buenos días Alice.

Caminé hasta la sala dónde logré ver a Nicole, lucía distraída sentada en el sofá leyendo el diario, con unos cascos puestos. Vestida con un pijama que se le ajustaba a su hermosa figura.

— ¿Quieres una taza de café?, lo acabo de hacer —asentí y la seguí a la cocina —.Por cierto Max, ¿cómo pasaste la noche? La cabaña es muy cómoda —me entregó la taza, se le notaba animada.

—Muy bien, el sistema de calefacción es excelente, gracias por todo —los dos caminamos juntos hasta la sala.

Su madre le alzó uno de los receptores avisándole que estaba allí. Ella subió sus ojos castaños hasta encontrar los míos. Nicole se sonrojó, parecía avergonzada de estar en esas fachas. Sonreí y le enseñé la taza humeante.

—Tenemos que imprimir el documento, anoche tuve tiempo de arreglarlo —expliqué mientras dejaba descansar el maletín sobre el piso.

—Buenos días, claro que podemos imprimirlo no hay problema —se levantó y caminó hacia uno de los pasillos—.Me cambio y vuelvo enseguida —anunció Nicole antes de escabullirse.

No pasaron ni diez minutos cuando apareció con unos vaqueros ajustados, botas altas y un suéter cuello de tortuga color marfil.

Alice se había encargado de servir el desayuno, los tres nos sentamos en la mesa de la cocina a disfrutar de: huevos, pan tostado, mermeladas de fruta y queso. Todo estaba delicioso.

—Gracias por el desayuno Alice, esto ha sido un manjar —comenté con una sonrisa de satisfacción y el estómago lleno.

— ¿Más café? —preguntó Nicole al ver mi taza vacía.

—Por favor —contesté entregándole la taza.

Sin embargo el ambiente se sentía algo tenso. La señora Calaway se levantó al terminar de comer, excusándose por no poder permanecer más tiempo con nosotros.

—Tengo que salir a hacer unos recados Max, me alegra mucho saber que se pudo resolver el tema del contrato —me abrazó, luego agregó—. Buen viaje, nos vemos pronto.

Salió como un huracán, Alice era una mujer activa se le notaba que no podía estar sin hacer nada.

—Acompáñame Max, pasemos al despacho de mi padre —sugirió Nicole mientras me entregaba la bebida.

Recogí el maletín y la seguí en silencio por un pasillo al otro extremo de la casa, la tensión que había sentido momentos atrás no había desaparecido, sabía dentro de mí que algo no andaba bien.

Una vez dentro de la habitación, mis ojos se abrieron sorprendidos, pude darme cuenta que la debilidad de John Calaway, además de las carreras, había sido la caza. Unas cuantas cabezas de venado decoraban las paredes.

—A mi padre le gustaba cazar —explicó Nicole con nostalgia— Lo hacíamos juntos, quizás algún día te invite Max —la observé y los dos sonreímos. Yo no salía de mi asombro al ver tanto animal muerto.

—Me encantaría —contesté mientras sacaba el ordenador del maletín, colocándolo sobre el escritorio.

Con agilidad Nicole se encargó de imprimir el documento, me senté en una de las sillas frente a ella.

—Tómate todo el tiempo que sea necesario —la animé a revisarlo mientras le respondía un mensaje de texto a Frank, avisándole que pronto se cerraría esta negociación.

Al terminar fui sorprendido por la intervención del señor Carson, a quién no me esperaba en esa reunión. Sin embargo me levanté para saludarlo.

—Buenos días, disculpen el retraso —se aclaró la garganta.

Nicole

Habían pasado cinco minutos de la discusión que acababa de tener con mi madre, cuando la sentí levantar uno de los auriculares para avisarme que Max me estaba buscando.

Me avergoncé al verlo tan despierto y arreglado, hasta sostenía una taza de café en su mano.

Hablamos acerca de imprimir el documento, balbucee un par de respuestas para luego apresurarme a correr al dormitorio, necesitaba cambiarme enseguida.

Mientras lo hacía llamé al señor Carson, para contarle todo lo referente a ese nuevo contrato. Mamá me había exigido que lo hiciera, alegando que para eso se le pagaba.

Era él quien debía dar la cara por mí. Al terminar la historia mi representante me advirtió que no firmara nada sin su presencia. Que estaría en casa en veinte minutos.

En el fondo sabía muy bien que ella tenía razón, pero me molestaba que no confiara en mi buen juicio. Terminé de arreglarme y baje a desayunar con ellos.

Mientras estábamos en el despacho, pude darme cuenta del asombro en el rostro de Max. Sus impresionantes ojos grises se movían por las paredes inspeccionando cada trofeo cazado por mi padre.

Me causó gracia al revelarle que yo también cazaba, que tal vez podríamos ir juntos algún día.

Me faltó poco para soltar una carcajada, Max quedó congelado en el sitio pero su astucia siempre lo sacaba victorioso, contestó como siempre con mucha educación.

Sin perder tiempo colocó su ordenador sobre el escritorio, me imaginé que estaba apurado así que me encargué del resto mientras él se sentaba y revisaba su móvil.

Al terminar, fue gentil al sugerir que lo leyera con cuidado. Justo en ese momento irrumpió el señor Carson en la habitación, se posicionó a mi lado después de saludar con un apretón de manos a Max.

—Veamos, veamos —el señor Carson exhaló con fuerza, se sentó a leer el contrato con detenimiento.

Me sentía incómoda, sin saber que hacer o decir. Sobre todo después de haber aceptado la cláusula que estipulaba que debía dormir en su casa, cada vez que me tocara parar en Dallas.

Max me observó mientras pasaba una de sus manos por su abundante cabello rubio. Trataba de decirme algo pero no lograba leer sus labios.

Frustrada por no poder entenderle le mandé un mensaje de texto.

Nicole: No logro entenderte.

Max: Solo quería decirte lo hermosa que te vez.

Alcé la vista buscando sus ojos, él me correspondió regalándome una de sus sonrisas de medio lado.

Nicole: ¿Es en serio?

Max no me respondió con un mensaje, para mi sorpresa asintió con la cabeza.

Nicole: Gracias, pero eso no es lo que me estabas tratando de decir hace un rato, no seas tan ingenioso.

Max: ¿De verdad quieres saberlo?

« ¡Oh Dios! ¿De verdad quiero saberlo?», me pregunté un tanto ansiosa, ya no estaba tan segura pero me gustaba ese juego entre nosotros aunque me asustara un poco el conocer su respuesta.

Nicole: Claro que quiero saberlo, sino no te estuviera preguntando.

Max: Quiero llevarte conmigo a Dallas.

Mis ojos se abrieron por la sinceridad de sus palabras, tenía que confesar que su comentario me agradó.

Nicole: ¿Y eso para qué?

Max: Para que conozcas mi casa, mi cama... vestida con sábanas de seda.

¡Diablos!, yo también quería conocer esas sábanas de lujo.

¿De verdad hablaba en serio?

Nicole: Con que sábanas de seda...

Max: Besaría cada centímetro de tu cuerpo, exploraría todos tus rincones hasta que supliques que pare, luego te contaría la historia del tatuaje que acariciaste anoche, ese que tanto llamó tu atención.

Levanté la mirada con incredulidad, sintiéndome excitada por lo que acababa de leer. Descubriendo un atisbo de sonrisa sobre su rostro. Segundos más tarde, Max me regaló una expresión maliciosa, provocadora... contagiosa.

Desde que nos conocimos no habíamos parado de coquetear el uno con el otro, pretendiendo por lo menos de mi parte indiferencia, apatía, frialdad. Max era todo lo contrario.

Después de haber sentido el roce de sus labios y el calor de su piel cuando estuve entre sus brazos. No podía seguirme negando que ese hombre despertaba en mí una atracción peligrosa, oscura y arriesgada.

Había cometido un error con mi actual entrenador, estaba decidida a no repetir la misma historia.

Luciano fue mi novio por un año, una relación monótona, desgastadora y absorbente, pero en lo que comencé a necesitarlo realmente como un amigo, como mi pareja, en las malas, no dio la talla.

Después que terminamos pude darme cuenta que nuestra relación había sido superficial, frívola, trivial. Basada en el sexo y en esa atracción loca que la adrenalina de la velocidad provocaba en nosotros.

Han pasado dos años de eso, sin embargo, Luciano seguía siendo mi entrenador. Desde que mi papá fue diagnosticado nuestra relación se terminó, él no logró entender cómo la vida me había cambiado.

Ese último año después de la pérdida de mi padre, se me estaba haciendo difícil enfocarme como antes en mi carrera. Lo único que me mantenía entrenando era la promesa que debía cumplir.

Sabía que Max Duncan, era diferente pero no estaba segura si fiarme de él, confiarle mi triste corazón. Le regalé una mirada con ganas de decirle que sí que su

proposición me parecía fantástica, que yo también deseaba acariciarlo, sentirlo, saborearlo.

Pero no podía, no debía, tenía que enfocarme... Max era una deliciosa y muy provocativa distracción.

Capítulo 12

Max

Nicole desvió su mirada después de confesarle todo lo que deseaba hacerle. Se le veía lejana. Aunque seguía estando en la misma habitación, estaba sumergida en sus pensamientos.

Me sentí como un imbécil, lo peor de todo era que debía esperar a que el señor Carson terminara de darle su bendición al contrato.

Me asombré cuando la vi sentarse en la silla ubicada a mi lado. La observé por el rabillo del ojo... la condenada era guapa, llamativa, preciosa. Llevaba el cabello suelto, junto con esa actitud desenfadada eran la combinación perfecta. Ella lucía como si nada le importara.

—Nicole, ¿está segura en aceptar todo lo que se especifica en este contrato? —preguntó Carson en tono desconfiado mientras se rascaba la cabeza.

—Muy segura señor Carson —afirmó con soltura. Me emocioné al escucharla con tanta convicción.

—Entonces lo pueden firmar cuando quieran —los dos nos miramos y caminamos en dirección al escritorio.

—Usted primero señorita Calaway —sugerí con galantería, Nicole me lanzó una mirada sugerente por encima del hombro.

Tomó un bolígrafo que estaba guardado dentro de una caja de madera. Parecía de colección.

—Era de mi padre —explicó al ver mi expresión de sorpresa.

Lo empuñó con determinación mientras yo aguantaba la respiración hasta que la vi garabatear su firma en la línea que le correspondía. Al terminar sus hermosos ojos castaños se posaron en mí, para mi extrañeza estaban empañados.

— ¿Está todo en orden? —pregunté impaciente.

Ella me entregó el bolígrafo para luego asentir en silencio con la cabeza. Firmé apurado deseaba sacarla de esa casa y averiguar qué era lo que estaba sucediendo.

—Ha sido un verdadero placer hacer negocios con ustedes —afirmé colocando el bolígrafo de vuelta en la caja de madera—. Pero antes de irme me gustaría tener unas palabras con la señorita Calaway —declaré en tono formal.

Recogí los documentos para guardarlos dentro del maletín y les prometí que al siguiente día tendrían una copia notariada.

—El placer ha sido mío señor Duncan, esperaré ese contrato —Carson esbozó una sonrisa al tiempo que estrechó mi mano—. Nos vemos en *Daytona* —se despidió de Nicole antes de salir del despacho.

—Soy toda oídos Max —Nicole se aclaró la garganta, era evidente que estaba perturbada.

— ¿Es acerca de lo que te escribí?... —comencé preguntando con torpeza—. Te pido disculpas si te ofendí —tomé su barbilla con una mano necesitaba tocarla, sentir su piel.

—No te disculpes, no me has ofendido —replicó con frialdad.

— ¿Por qué has cambiado de repente? ¿Ha sido algo que dije?

—No es nada Max, estoy bien, estamos bien ¿cierto?

Asentí con la cabeza sin estar muy conforme con su respuesta.

— ¿Aceptas mi invitación? Nicole, ¿quieres venir a Dallas conmigo?

Se zafó de mi agarre con lentitud. Por un momento pensé que lo estaba pensando, que ella se debatía haciéndome guardar una pequeña esperanza. Se giró sobre sus talones para caminar hasta la puerta sin decir una palabra.

—Voy por mis cosas, te veo afuera —contestó dándome la espalda.

No me podía creer lo que acababa de pasar, me había quedado como un tonto paralizado mientras escuchaba su respuesta.

La vi avanzar en dirección al pasillo, exhalé todo el aire que tenía retenido en mis pulmones saliendo con ello de mi pequeño trance.

Me apresuré en llegar a la cabaña para recoger mis pocas pertenencias, luego me

dirigí al coche de alquiler. Sintiéndome acelerado, ansioso...

«¿Estaba nervioso?» ¡Bahhh!, estupideces. De seguro necesitaba fumarme un cigarro, una baja de nicotina que otra cosa podría ser. Encendí la calefacción mientras esperaba con paciencia que Nicole apareciera.

Una sonrisa socarrona me sorprendió cuando vi nuestra foto en el fondo de pantalla del móvil, pero la misma quedó congelada para ser reemplazada por una mueca de desilusión al leer el mensaje de texto de Nicole.

Nicole

Me encontraba dentro del gimnasio que papá construyó para mí. Era un anexo que le había hecho la casa en la parte superior. Estaba acondicionado con las máquinas necesarias para mi entrenamiento. El único lugar donde podía estar por horas y olvidarme de cuanto lo extrañaba.

La canción del grupo Keane, “Un Lugar que Sólo Tú y Yo Conocemos”, sonaba a todo volumen en mis cascos. Me acerqué a la ventana y pude ver a Max esperándome dentro de su coche de alquiler.

Era una cobarde, no me atrevía a aceptar su invitación. Le tenía pavor a sus preguntas, sentía que él era capaz de ver toda la tristeza que llevaba guardada en mi corazón.

Busqué el móvil para mandarle un mensaje de texto.

Nicole: Lo siento Max, no puedo aceptar tu invitación.

Max: No me hagas esto Nicole. No me dejes aquí plantado.

Sentí dos lagrimas rodar por mi rostro, ya no quería detenerlas. Pensé que no era justo para él la manera como lo trataba. Max no lo merecía, pero el miedo que sentía era mucho más fuerte.

No deseaba sufrir por ese hombre que calentaba mi corazón, que encendía mi pasión y despertaba mi curiosidad. Algo dentro de mí me alertaba, me hacía dudar de una posible relación entre nosotros. Mi corazón era débil no podría resistirlo.

Nicole: Que tengas buen viaje.

Max: Recuerda que mi segundo apellido es “Insistir”. No voy a parar Nicole.

Apagué el móvil, tras leer su advertencia. No pretendía seguir con esa

conversación sin sentido.

Meneé la cabeza, enfocarme era lo que tenía que hacer. Max Duncan no podía seguir siendo una distracción. Eso era un lujo para mí en ese momento tan importante de mi carrera.

« ¡Nunca!, podría defraudar a mi padre», me recordé.

Pasé una toalla por mi rostro para limpiar mis lágrimas y me posicioné sobre la elíptica. Era hora de comenzar a entrenar... dos semanas eran muy poco tiempo.

Max

Después de dejarle claro a Nicole que no desistiría con ella, me dirigí al aeropuerto para regresar a Dallas en la avioneta privada de la compañía.

Estaba furioso por su rechazo.

« ¿Me lo merecía?»

« ¿La había ofendido con mi invitación? Y si así fuera ¿por qué no fue sincera cuando se lo pregunté?»

Nicole, Nicole, cuantas preguntas sin respuesta.

La primera semana que estuve de vuelta en la ciudad me sumergí por completo en el trabajo, siguiendo las instrucciones del doctor Hill. Gracias al cielo varios proyectos estaban esperando mi aprobación.

Estuve tentado a llamarla en múltiples ocasiones. Pero no quise ser una víctima de su frialdad, sus repentinos cambios de humor me perturbaban, no la lograba descifrar.

No podía negar que me gustaba demasiado, que ganarme su confianza y su corazón se habían convertido en una necesidad.

La llamada de Rebeca, no tardó en llegar. Ella era puntual cuando se trataba de nuestros explosivos encuentros. Como buena amante ocasional no me exigía nada a cambio, éramos un par de adultos disfrutando de una copa y buen sexo.

Resolví encontrarme con ella al finalizar la semana. Total no tenía nada que perder, tal vez consiguiera sacarme a Nicole de una vez y por todas de la cabeza.

Le pedí al *barman* que me sirviera un vaso del mejor whisky que sirviera, mientras me sentaba en el taburete del bar, en un hotel barato y poco conocido en el centro de la

ciudad.

Encendí un cigarro y me relajé al expulsar el humo de la primera calada. El recuerdo de Nicole invadió mi memoria. Sus suaves labios, el sonido de su risa, su hermoso cuerpo y esos ojos castaños que me atrapaban sin piedad.

De un solo trago me tomé lo que quedaba en el vaso, lo coloqué con fuerza sobre la barra haciéndole señas al chico para que lo rellenara.

Me reprendí mentalmente por volver a dirigirle un pensamiento a esa mujer. Y me recordé que estaba a punto de encontrarme con Rebeca para aliviar y curar mi ego herido.

Ella apareció como de costumbre, sonriendo y moviendo sus caderas de forma provocativa. Me saludó con un suave beso en la mejilla para luego sentarse frente a mí.

— ¿Todo bien Max?

«Nada estaba bien», me respondí de inmediato en lo que terminó la pregunta. Dándome cuenta que estar en ese lugar al lado de esa mujer por la que no sentía nada en absoluto era un gran error. Con agilidad mi mente comenzó a tramar una estrategia de escape.

Por suerte el móvil sonó y cuando advertí de quién se trataba, una sensación de alivio me invadió.

—Frank. ¿Qué ocurre? —pregunté pretendiendo estar preocupado, Rebeca no dejó de observarme con curiosidad—. No te muevas de donde estás. Llego en... veinte minutos.

Corté la llamada dejando a Frank hablando sólo gritándome obscenidades, mientras soltaba una carcajada. Él me conocía muy bien.

Pasé una mano por mi cabello para darle la impresión de estar preocupado.

— ¿Qué ha pasado Max? —tomé una de sus manos.

Era un canalla pero no podía continuar evadiéndome con esa farsa, ella me hacía sentir más vacío de lo que estaba.

—Discúlpame Rebeca, pero tengo que marcharme, ha ocurrido una emergencia en la compañía.

Saqué un billete de cincuenta dólares que coloqué sobre la madera pulida de la barra. Pasé dos dedos por su mejilla, dejándola atónita con mi comportamiento para luego salir del local.

Al llegar frente a la motocicleta, mi nueva *Harley* de tres ruedas, pude sentir cómo una amplia sonrisa aparecía en mi rostro. Mientras ajustaba el casco con agilidad la encendí y me deje llevar por el fuerte sonido del motor, arranqué mirando hacia los lados para salir de ese lugar tan rápido como me fuera posible.

Ver a Rebeca no fue tan malo después de todo, me sirvió para darme cuenta de mis verdaderos sentimientos hacia Nicole Calaway. Aunque ella era una mujer difícil, testaruda y un poco obstinada, mi corazón se había encaprichado con ella. No pararía hasta conquistarlo... eso podía apostar.

Capítulo 13

Nicole

Acababa de salir de la ducha cuando mi madre entró en la habitación con una caja blanca sobre sus manos, y una sonrisa tan grande que le llegaba a los ojos. Me gustaba verla feliz, ella se lo merecía todo y más, era una madre maravillosa.

—Acaba de llegar Nicole, es el nuevo traje —recibí el paquete para depositarlo sobre la cama.

Los colores verde y naranja de *Duncan Games*, eran muy llamativos. Lo saqué para extenderlo con cuidado al hacerlo una nota calló al piso. Estaba firmada por Max Duncan.

No sabía nada de él desde aquella mañana en mi casa de Iowa. Con excepción de un escueto mensaje de texto, preguntando en qué lugar creía que podía llegar en la carrera. Algo que me pareció un tanto fuera de lugar.

Sin embargo le respondí con un frío: «En los primeros cinco». Sin agregar nada más.

Pensé que había lastimado su ego de millonario caprichoso, acostumbrado a chasquear los dedos y obtener todo lo que deseaba en bandeja de plata.

“Señorita Calaway

La estaré observando desde la Suite de Duncan Games.

Le deseo una excelente carrera.

Recuerde en llegar entre los primeros cinco lugares, no me defraude pretendo apostar por usted.

Suyo.

Max Duncan”

Mi corazón se aceleró, esas breves palabras me inquietaron y sorprendieron al

mismo tiempo.

«En verdad ¿apostarías en la carrera?» Me giré y vi a mamá cómo me observaba.

— ¿Te gusta hija?

— ¿Quién? —respondí de inmediato sintiéndome descubierta.

—El traje Nicole —me aclaró de lo más risueña.

—Sí, mamá, es precioso.

Califiqué en la séptima posición para salir en la competencia. Me bajé del auto acalorada, luego de sacarme el casco aproveché para abrirme un poco el cuello del traje.

Faltaba menos de una hora para darle comienzo a la carrera. Cuando estaba llegando a reunirme con mi quipo... lo vi.

Max Duncan hablaba con el jefe de mecánicos. Se le veía interesado, preguntando por el tipo de combustible y el tamaño de las llantas.

Seguí de largo no quería que su presencia me sacara de mi concentración. Mi madre me esperaba con una bebida energética que recibí agradecida. Aunque trataba de no pensar en él, era imposible no lo podía sacar de mi mente.

Estaba vestido tan informal como siempre. De vaqueros, botas negras, camisa blanca y una impresionante chaqueta de cuero. Se veía irresistible, su look me recordaba al de un chico rebelde.

« ¡Maldición que hombre para ser atractivo!», pensé y busqué al señor Carson con la mirada, pero lo encontré conversando con Max.

Esperaba que se estuvieran despidiendo y dentro de poco se marchara hacia la suite como lo prometió. Después de todo se había mantenido al margen hasta ahora, estaba respetando el contrato al pie de la letra.

Faltaba ver cómo reaccionaría cuando se enterara que la siguiente semana sería enviada a Dallas a una sesión de fotos.

« ¿Podríamos seguir evitando lo que sentimos? ¿Le daríamos rienda suelta a esta química explosiva que se despertaba entre los dos?»

No paraba de hacerme preguntas, lo más triste era que a ninguna le había encontrado una respuesta.

Max

Al llegar a *Daytona International Speedway*, sentí el subidón de adrenalina que recorría mi cuerpo. La suite de *Duncan Games* estaba llena de seguidores de ese deporte, amantes de la velocidad.

Frank venía acompañado de Carol y mi hermana Kate. Ella venía desde Nueva York, donde estudiaba diseño de modas.

— ¡Max! —gritó con alegría al reconocirme en el salón.

—Kate. ¿Qué haces aquí? —Dije bromeando para abrazarla con efusividad —.Pensaba que mamá no te habían dado permiso —me gustaba fastidiarla, sonreí al verla rodar sus ojos y ponerlos en blanco.

— ¡Eres un cabrón! —me murmuró al oído para luego golpearme en el hombro. Así era ella, la más cariñosa de la familia.

—Bueno no te molestes conmigo, sabes que me gusta fastidiarte —le revolví su rubio cabello despeinándola un poco—. Ven déjame enseñarte nuestro auto, ya están alineados para salir. Es el número once, el de los colores verde y naranja. ¿Lo ves? — señalé con el dedo—.Esta no es la carrera final, es sólo para calificar para el orden de salida —le expliqué a Kate que no sabía nada de *Nascar*.

Les hice señas a Frank y a Carol, que estaban hablando con un grupo de personas. Mi hermano era el hombre de las relaciones públicas entre los dos. Yo era más del tipo pasar desapercibido. Mientras menos contacto tuviera, me sentía más tranquilo.

Acordamos en bajar al *Pit Stop*, el lugar donde se le cambiaban los neumáticos y se le hacían las reparaciones menores al vehículo en la pista.

—Max, quizás podamos tomarnos una foto con el auto o mucho mejor con el piloto, debe ser guapo —exclamó Kate entusiasmada.

—Eso sería interesante de ver —intervino un chico en tono burlón que estaba sentado dándonos la espalda.

— ¿Y por qué lo dices? Acaso ¿lo conoces? —Kate no se resistió a indagar con el desconocido, adoptando el mismo tono de voz.

—Podría decirse que la conozco —El sujeto se puso de pié para girarse y hablarnos de frente.

— ¿La conoces? ¿Es una mujer? —la curiosidad de mi hermana me avergonzaba algunas veces.

Él soltó una carcajada y después de recuperar la compostura, le dedicó plena atención a Kate.

—Mi nombre es Jack Calaway, la piloto que sin duda es una mujer, es también mi hermana.

—Oh —fue lo único que articuló sorprendida y quizá un poco apenada por su ignorancia.

—Tal vez tengamos suerte —intervino Frank que acababa de llegar con los pases necesarios para cruzar al otro lado de la pista—.Hablaré con la persona que nos hará de guía, esperen.

Aproveché la oportunidad para presentarme a Jack, a ese punto mi fascinación por Nicole era tan grande que deseaba saber todo de ella. Era curioso en el reporte que Iván me había enviado no se le nombraba, de hecho se le mencionaba como hija única del matrimonio Calaway. El interés de saber más acerca de él me invadió.

—Mucho gusto, Max Duncan —pareció reconocerme porque entrecerró los ojos mostrando una sonrisa.

— ¿Eres el creador de los juegos de video? —su pregunta me sorprendió dejándome sin palabras, no me podía creer que él realmente supiera quién era.

— ¡Shhh!... si es, pero no se lo digas a nadie ¿de acuerdo?, a mi hermano no le gusta llamar la atención —se adelantó Kate, hablándole en todo confidencial. La expresión de Jack era de incredulidad.

— ¡Vamos! Kate, Max, no se queden atrás —nos avisó Frank desde la puerta.

— ¿Vienes con nosotros Jack? —le preguntó mi hermana emocionada.

—Prefiero esperarla aquí, gracias de todos modos.

—Espero que nos volvamos a ver —le comenté antes de que Kate tirara de mí como un saco de papas.

Logramos alcanzar a Frank y a Carol, que nos observaban con actitud reprobatoria. Mi hermana estaba tan feliz que parecía una chiquilla con juguete nuevo. Esto de las carreras era diferente a lo que estábamos acostumbrados.

Por mi parte no veía el momento de toparme con Nicole otra vez. Dos semanas habían sido mucho tiempo. Me comporté como un caballero, no invadí su espacio aunque ganas no me faltaron.

Necesitaba que hiciera una buena carrera. Había apostado el doble de dinero que la vez anterior. Las manos me sudaban de la ansiedad, el corazón me latía a mil por horas, estaba acelerado como un coche de carreras. Eso era lo que me producía la apuesta.

Cuando llegamos nos encontramos con Carson. Quién en cuanto nos vio se acercó emocionado ha saludarnos con un apretón de manos. Mi hermana, Frank y Carol, se entretuvieron pidiéndole el autógrafo a un piloto que caminaba junto a ellos. De seguro fue idea de Kate.

— ¡Bienvenidos! —exclamó Jerry con fuerza.

—Gracias, tenemos ganas de ver el auto de cerca quizás podríamos sacarle unas fotos —le adelanté esperanzado.

—Por supuesto. Buenas noticias Duncan, estamos saliendo en la posición número siete ¿qué le parece? —comentó eufórico. Le sonreí asintiendo con la cabeza.

— ¡Fantástico! Carson —el ruido en la pista era tan ensordecedor que los dos nos estábamos gritando.

Me hizo señas para que lo siguiera hasta que llegamos al *Pit Stop*, donde me presentó a todo su equipo, eran alrededor de quince chicos y el entrenador que sería reemplazado dentro de poco. Les hice un par de preguntas acerca del combustible y las llantas. No quería parecer desinteresado.

Cuando alcé la mirada y como una visión fuera de este mundo, la vi pasar con el traje que le mandé, le quedaba como un guante a la perfección. Nicole lucía sexy y caliente como el infierno.

— ¿Quieren conocer el tráiler? —preguntó Carson y yo asentí con la cabeza, llamé a mis hermanos con la mano, estos al ver mi expresión de emoción nos siguieron.

El tráiler es dónde se transportan los coches de carrera, lo normal es que se tengan dos por si uno falla o sufre un accidente. También cuenta con una diminuta habitación, que en este caso la piloto usaba para descansar.

Cuando entramos nos dimos cuenta que el espacio era mínimo y estaba dotado de una tecnología que no tenía idea que existía.

Alice se apartó para que pudiéramos pasar y aproveché el momento para saludarla.

—Max, que bueno verte por aquí. No sabía que vendrías a la carrera —vi salir a Nicole por una puerta corrediza. Ella se quedó paralizada clavando sus castaños ojos en los míos.

—No me la perdería por nada del mundo —le contesté a Alice, pero mis ojos estaban puestos en su hija.

— ¡Max!, preséntame a la piloto, no me voy sin un autógrafo —gritó mi hermana desde la entrada.

Los ojos de Nicole se agrandaron, lucía sorprendida al verme con una mujer. Reí por dentro, me gustaba conocer esa faceta de ella, territorial, posesiva, celosa.

Carson se me adelantó llegando primero hasta ella para murmurarle al oído. Me puse furioso por el secreteo, me pareció de muy mala educación. Nicole desvió su mirada y volvió a encerrarse.

—Es mejor que subamos Kate, la carrera está a punto de comenzar. ¡Vamos Frank!, Carol, salgamos de aquí. —comenté molesto al verla ocultarse.

Necesitaba averiguar qué fue lo que Carson le dijo al oído. No me contuve y cuando estuvimos fuera del tráiler les pedí a mis hermanos y a Carol que subieran a la suite. Mientras observaba como se alejaban, me acerqué a Carson.

— ¿Está todo bien con Calawel? —indagué con seriedad.

—Todo está bajo control Duncan, no se preocupe.

— ¿Preocuparme? No se equivoque conmigo Carson. Lo vi hablándole al oído, me gustaría saber qué fue lo que le dijo —lo reté con la mirada esperando una respuesta.

—Le aseguro que todo está bien. La señorita Calawel es un poco supersticiosa le estaba pidiendo disculpas por la intromisión —me palmeó el hombro—.Quédese tranquilo hombre y disfrute de la carrera. Lo veremos más tarde —No muy conforme con su explicación bajé un poco la guardia.

—Los estaré esperando.

Caminé pensando en Nicole y esa extraña superstición. Ella me lo había tratado de decir cuando estábamos en su casa. No le gustaba estar con nadie el día de la carrera, antes de la competencia.

Esa noche había planeado una sorpresa para ella y si todo salía bien terminaríamos pasando la noche en otra ciudad. Sólo esperaba que no me defraudara y llegara entre los primeros puestos como me había garantizado.

Capítulo 14

Nicole

Nada estaba saliendo bien. Él no tenía por qué estar en el tráiler el día de la competencia. Se lo había advertido, pedido y estipulado en una de las cláusulas.

Eso no era lo peor, había traído una chica rubia, alta y de ojos azules, se le notaba mucho más joven que yo.

Resoplé furiosa por sentirme celosa y si su intención era molestarme lo había conseguido, quería restregármela en la cara. De seguro era por no haber aceptado su invitación.

Mi madre tocó la puerta y me avisó que era la hora. Tomé una bocanada de aire y empecé a concentrarme en lo que de verdad valía la pena. Mamá me ayudó a arreglar mi largo cabello, me coloqué el casco, los guantes y ajusté los cascos, por donde escuchaba a mi equipo darme las instrucciones.

Cuando me subí al auto me encontraba más tranquila, después de todo esto era lo que a mí me gustaba hacer. En seguida me dispuse a dejarme llevar hasta terminarla. Le aseguré que llegaría entre las primeras cinco posiciones y no iba a faltar a mi palabra.

Esta vez llegué en el tercer puesto. Cuando bajé por la ventanilla me sentía feliz, realizada. Mi padre habría estado orgulloso de mí, aunque hubiera querido marcar una mejor posición.

Le entregué el casco a mi madre que me esperaba sonriendo. Suspiré al verla, ella siempre me apoyaría así llegara en el último lugar. La abracé para luego soltarme la coleta que llevaba en el cabello. Carson se acercó a nosotras con los brazos abiertos y una gran sonrisa.

— ¡Felicitaciones Calawel!, estoy muy orgulloso de ti. Has hecho muy buen tiempo —los chicos de mi equipo me aplaudieron celebrando.

Les sonreí para luego abrazarlos agradeciéndoles por su trabajo, ellos eran los mejores. Lo extraño fue cuando mi entrenador sólo me estrechó la mano, lo miré sorprendida.

—Tenemos que hablar Nicole, pero hoy no es el momento —dijo Luciano apretando la mandíbula.

—Claro, cuando quieras.

—Nicole, tenemos que subir a la suite de *Duncan Games*, los Duncan nos esperan, posteriormente tienes una entrevista con la prensa —me avisó mamá, le pedí una toalla para refrescarme el rostro antes de ir a saludar.

Me despedí de los chicos y le hice señas a Luciano de que lo llamaría luego. Todo ocurrió tan deprisa que cuando el señor Carson abrió la puerta de la suite para nosotras, fue cuando pude reaccionar al escuchar los aplausos y los gritos de bienvenida.

Hicieron una línea para saludarme y posar para las respectivas fotos. Mis ojos barrieron la estancia, pude ver a Frank y al par de chicas que habían entrado al tráiler, pero no logré localizar a Max por ninguna parte.

La línea disminuyó a medida que pasaba el tiempo y él seguía sin aparecer. La desilusión se instaló en mi pecho pero yo debía sonreír, no podía darme el lujo de mostrarme como me sentía en realidad... decepcionada.

—Señorita Calaway, le presento a mi hermana Kate y a mi novia Carol —me aclaró Frank al plantarse frente a mí.

—Es un placer Kate, Carol —las saludé con una sonrisa.

—Estaba loca por conocerte —me abrazó Kate, con efusividad— ¡Eres increíble Nicole!, felicidades.

—Gracias a todos por venir —comenté y le hice señas a un fotógrafo.

Mientras los cuatro entre risas, posábamos para la cámara. El chico detrás del gigante lente llamó mi atención, la forma cómo estaba vestido y el corte de su cabello me eran familiar, me parecía haberlo visto en alguna parte. En cuanto bajó su equipo y lo puso a un lado lo reconocí.

¡Era Jack!, mi hermano. Pero ¿qué estaba haciendo aquí?

—Jack, ¿eres tú? —me aproximé a él.

—Si hermanita, tenía ganas de verte correr —su revelación me sorprendió, tenía

entendido que odiaba todo lo que tenía que ver con *Nascar*.

— ¿Estas bien? —le murmuré al oído en medio de un fuerte abrazo.

—Estoy bien mamá gallina —los dos reímos de nuestra broma familiar.

Les había firmado un par de chaquetas a las chicas, mientras mamá abrazaba a Jack emocionada.

—Es hermosa Nicole. Gracias, te aseguro que la voy a usar muchísimo en Nueva York...

Kate no logró terminar la frase porque su hermano Max, había hecho acto de presencia ubicándose a su lado, robando toda mi atención. Logré ver una ligera barba que empezaba a crecer lo cual sólo lo volvía más deseable.

Estaba a punto de derretirme, mis piernas se sintieron débiles, mi corazón estaba desbocado. Mi felicidad volvió con intensidad, mis nervios estaban a tope. Max lograba despertar todas esas sensaciones en un segundo.

Sus ojos vagaron por mi rostro con intensidad, su encantadora sonrisa se sintió como una caricia. Me provocaba acurrucarme a su lado para dejarme abrazar una vez más por sus fuertes y definidos brazos.

— ¡Felicidades! señorita Calaway —su voz era gruesa, profunda, despertando mis partes más íntimas, recordándome cuanto lo deseaba.

— ¿Señorita Calaway?, pero si yo la llamo Nicole —alegó Kate sorprendida.

—Pues considérate una mujer con suerte —completó Max mientras todos soltaron una carcajada, incluso yo.

— ¿Te vienes a celebrar con nosotros Nicole? —preguntó su hermana ansiosa.

—No debería, mañana salgo en el primer vuelo a Nueva York. Y en unos minutos tengo que dar una rueda de prensa.

— ¡Ohh! Será para la próxima entonces —ella vio la duda en mi rostro, tomó mis manos y agregó—. Seguro nos veremos pronto y podremos salir a celebrar. ¿Qué dices?

Aseguró Kate amablemente. Los hermanos Duncan esperaban en silencio mi respuesta. De inmediato mi madre que estaba junto a mi hermano me avisó:

—Hija, la prensa nos espera —me sentí en una encrucijada, no me podía negar.

—Está bien, acepto tu invitación Kate. Saldremos todos a celebrar la próxima vez

que estemos en la misma ciudad.

Me despedí de todos dejándolo de último a propósito, lo observé por el rabillo del ojo, Max esperaba con paciencia su turno.

—La esperaré a que termine su rueda de prensa señorita Calaway. Tenemos asuntos que discutir — ¿asuntos que discutir? ¿A qué se refiere con eso? ¿Esa era su excusa para quedarse a solas conmigo?—.Es acerca de su entrenador —refrescó mi memoria al verme dudar, aunque no podía negar que me había desilusionado un poco su aclaración.

—Lo veré más tarde señor Duncan —dije sonriente, no podía seguir disimulando mi emoción.

—Jack ¿le digo a mamá que te espere? —vi a mi hermano entusiasmado hablando con Frank y las chicas.

—No, gracias hermana, me voy a tomar una copa con ellos —me dio un beso en la mejilla y añadió—.Tengo algo que contarte.

— ¿Me tengo que preocupar hermanito? —pregunté sonriendo.

—Espero que no —me aclaró dándome un beso en la mejilla

Lo sabía, algo me decía que la visita de Jack tenía un motivo, solo esperaba que no estuviera metido en problemas.

Salí de la habitación acompañada de Carson y mamá. Nos dirigíamos al salón dónde nos esperaba la prensa local.

Mis manos se humedecieron, mi corazón volvió a latir a toda velocidad. Todo mi nerviosismo tenía nombre y apellido... Max Duncan.

La sola idea de que estaríamos juntos de nuevo así fuera con la excusa de hablar acerca de mi entrenador, era suficiente para darme la oportunidad de un nuevo comienzo.

Necesitaba demostrarle a Max que la historia entre Luciano Facini y yo, no tenía por qué repetirse. El móvil sonó avisándome la entrada de un mensaje de texto. Al ver de quién se trataba no pude dejar de ilusionarme.

Max: Te extrañé Nicole Calaway... no pretendo compartirte ni un minuto después de la rueda de prensa.

Mi reacción fue llevarme el móvil al pecho suspirando embelesada... « ¿Estaría esperando una respuesta?» pensé fascinada.

— ¿Estás bien Nicole? —preguntó el señor Carson sacándome de mi trance.

—Nunca he estado mejor Carson —le respondí a mi manager al tiempo que le mandaba un mensaje a Max.

Nicole: Yo también.

Capítulo 15

Max

Estaba decidido a no dejar pasar la oportunidad. Después de recibir el mensaje de texto de Nicole, nada ni nadie podría impedir lo que pasaría. Logré despedir a mis hermanos para ir enseguida a mi encuentro con Carson y Alice. Ellos esperaban en la parte trasera de la habitación.

Nicole se veía alegre, se le notaba que estaba acostumbrada a tratar con los medios de comunicación. Eso era algo que yo evitaba a toda costa. Mi vida era por completo privada.

Maravillado por su profesionalismo la observé: cada gesto, cada sonrisa, cada respuesta pensada y estudiada a la perfección. Nicole Calaway había nacido para ser una ganadora, eso me hacía sentir orgulloso.

Veinte minutos más tarde, Nicole se aproximó hasta nosotros. Lucía tan fresca y divertida como el día que la conocí en aquel bar en Dallas.

—Ya estoy lista, nos podemos ir —sugirió sonriendo.

—Carson me llevará al hotel Nicole, tengo entendido que Max tiene un asunto que tratar contigo —Alice le anunció.

—Si mamá, tenemos un tema pendiente —las dos se despidieron con un abrazo.

Le ofrecí mi brazo al que ella se colgó sin problemas. Me tranquilicé, las cosas comenzaban a andar pero me recordé que no debía ser muy optimista, con Nicole nunca se sabía.

—Gracias por llegar en esa posición —alzó el rostro para mirarme con detenimiento.

—¿Es cierto que apostaste por mí? —preguntó curiosa con una sonrisa.

—Muy cierto —respondí sin apartar mis ojos de los de ella.

—No te creo, sabes que eso no es legal —suspiré, era mejor no continuar con ese tema.

La intención no era arruinar la noche, no quería que mi chica arriesgada saliera corriendo despavorida al enterarse de mis oscuras debilidades.

—Quiero que salgamos de tu entrenador cuanto antes.

— ¿De verdad tenemos que hablar de Luciano esta noche? —me sorprendió su pregunta.

—Me gustaría que concretáramos su despido —mi tono de voz era suave.

—Lo mejor será que te pongas en contacto con el señor Carson, él es quien se encarga de esos temas —comentó mientras nos deteníamos frente al coche, dónde mi chofer nos esperaba.

—Ya lo hice Nicole y creo que él ya lo puso al tanto, sólo quería que lo supieras.

Le ofrecí mi mano para ayudarla a entrar a la parte trasera, ella la colocó encima de la mía lucía pequeña y delicada. Una vez dentro del vehículo anuncié mi cambio de planes.

—George al aeropuerto, la avioneta nos espera.

— ¿Avioneta Max?, a dónde me llevas —sus ojos se abrieron asombrada, asomando una sonrisa traviesa.

—Es una sorpresa, vamos a un sitio dónde podremos celebrar lo impresionante que eres —tomé su mano y la besé con delicadeza.

—Lo siento Max, pero yo mañana tengo que estar en Nueva York no puedo acompañarte, además es una locura —comentó sonriendo, se le notaba que la idea le parecía graciosa.

—No te preocupes preciosa, locura sería quedarnos aquí, quédate tranquila te aseguro que yo mismo te llevaré si es preciso. ¡Vamos!, no digas que no —la tomé de la barbilla con suavidad y con el dedo acaricié su mejilla.

Nicole cerró los ojos y asintió, luego esbozó una sonrisa que iluminó su rostro, sus pómulos, su nuca, sus brillantes ojos... Toda ella era perfecta.

—Está bien Max, por lo menos dime a dónde vamos y prométeme que mañana estaré en Nueva York —insistió contenta, me gustaba verla alegre, divertida.

—Te lo prometo. Vamos a Vegas, ¿te gusta la idea?

George no la dejó responder porque en ese momento nos anunció nuestra llegada al aeropuerto. Abrí la puerta y la ayudé a salir, esta vez nuestras manos permanecieron unidas, con una familiaridad que nunca había experimentado.

Para mi sorpresa su móvil sonó, Nicole lo sacó de un bolsillo y me dirigió una mirada mientras tomaba la llamada con el manos libre para que yo también pudiera escucharla.

—Nicole, es Luciano, ¿es verdad que no necesitas de mis servicios?, Carson está tratando de despedirme pero no me lo puedo creer.

—Lo siento Luciano, es verdad —estaba hablando con el entrenador, la expresión de su rostro cambió, su alegría se esfumó en un segundo.

—Pero Nicole, no es justo, no pueden despedirme de esa manera, sin motivos.

—Te aseguro que no hay nada que yo pueda hacer, lo siento de verdad —Nicole cerró la llamada para dedicarme una mirada contrariada.

—Lo siento Max pero ya no me siento con ánimos para celebrar, preferiría ir al hotel y descansar.

Nos encontrábamos al pie de la escalerilla para subir a la avioneta, no iba a permitir que el hijo de puta de Luciano estropeará mis planes. Mis ánimos también habían cambiado pero de igual manera no lo permitiría.

—Sabes que su despido es un hecho, así que no perdamos el tiempo en lamentaciones y deja que Carson se encargue de él.

—Pero Max, los dos sabemos que su despido es injusto —negó con la cabeza—. Sólo por complacer uno de tus caprichos. —se giró y caminó en dirección al coche.

— ¿Caprichos? No es un capricho Nicole, ¿es tan malo que quiera que tengas el mejor entrenador? —le dije en tono conciliador mientras la seguía.

—Por supuesto que no.

—Entonces no tiene sentido que estemos discutiendo —la observé esperanzado— Nicole nos están esperando para abordar.

Ella permaneció en su sitio muy erguida, le costaba dar el siguiente paso, estaba seguro que su orgullo no la dejaba. Así que le extendí la mano y aunque titubeó por un instante la tomó clavando sus ojos en los míos.

—Está bien.

Una vez dentro de la avioneta fuimos recibidos por el piloto, Christopher Green y Denise su auxiliar. Ellos siempre me acompañaban en mis viajes.

—Sean bienvenidos. Estamos listos para despegar cuando gusten.

—Gracias Christopher, la señorita Calaway y yo también lo estamos.

—Abróchense los cinturones y pónganse cómodos. El vuelo será de una hora y treinta minutos. En seguida Denise les traerá una copa de champan y algo de comer —informó antes de retirarse a la cabina.

— ¿Te apetece una copa Nicole? Vamos mujer, cambia esa cara y regálame una sonrisa —le comenté sonriendo.

Nicole asintió forzando una sonrisa y con la única intención de torturarme se acomodó en el asiento, arreglando su cabello con elegancia. Ella era lo más sexy que había visto en mi vida.

—Me encantaría una copa Max, gracias.

Capítulo 16

Nicole

Max tenía razón, mi humor cambió después de recibir la llamada de Luciano, no tenía sentido dejar de aceptar su invitación por algo que ya se había acordado y estipulado en el contrato por muy injusto que fuera.

Inhalé con fuerza y tomé la mano que me ofrecía, seguir adelante con la noche no sonaba tan descabellado después de todo.

La azafata colocó una bandeja repleta de quesos, fiambre y frutas, en una mesita cerca de las butacas. Nos acercó las copas de champan para luego retirarse.

—Brindemos por esa excelente posición en la que llegaste esta noche —exclamó Max emocionado chocando su copa contra la mía—. Eres fantástica Nicole, eres una campeona.

Me sonrojé al escuchar su cumplido, no era buena recibiendo elogios. Sin embargo le sonreí y le di un trago a la bebida

—Gracias Max, pero no es para tanto.

—Eres muy modesta.

Decidí relajarme y disfrutar de su compañía, no sabía nada de él, este era mi momento de hacer algunas preguntas.

—Háblame de ti Max —le pedí en todo confidencial, como si quisiera que me contara un secreto—. Me gustó conocer a tu hermana, es una chica muy agradable.

—A mí también me agradó tu hermano, así que brindemos por los hermanos que no vemos con frecuencia —volvimos a chocar las copas sonriendo.

—Por las invitaciones inesperadas —agregué, acomodando un mechón rebelde tras mi oreja.

—Pregúntame lo que quieras —me animó a seguir la conversación, clavando su

mirada en mis labios mientras se acomodaba en la butaca.

—Háblame de tu familia —le pedí con curiosidad.

Max ubicó su mano sobre mi rodilla, ese calor que desprendía su piel se metió en mis huesos. Traté de concentrarme en el color de sus ojos pero no podía. Él sin darse cuenta dibujaba círculos en mi pierna logrando que todo pensamiento racional desapareciera de mi cerebro.

—Mis padres son divorciados —fue lo primero que se le ocurrió comentar.

—Oh —dije sintiéndome avergonzada, alejé su mano situándola en su regazo. Necesitaba recuperar mi cordura—.Lo lamento Max, imagino no fue fácil de llevar —añadí antes de volver a darle un trago a la champaña.

—No lo sientas —sonrió con amabilidad y aseguró con calma—.Hace mucho de eso —se inclinó hacia delante para tomar la bandeja y ofrecerme de comer.

—Cambiemos de tema, mejor cuéntame ¿a qué te dedicas?

La conversación fluyó y pude conocer otra faceta de Max. Me parecía muy interesante su carrera, de primera mano conocía su trabajo, mi hermano jugaba ese tipo de juegos de acción multijugador. Hasta me atrevía asegurar que la última vez que estuve de visita en el apartamento de Jack, me enseñó lo último que acababa de salir al mercado.

— ¿En serio jugaste con tu hermano? —asentí.

— ¿Me crees si te confieso que me pareció genial? —Max se rió con fuerza—.Créeme cuando te digo que mi hermano es tu fan número uno, te admira muchísimo.

—No exageres mujer.

Una hora más tarde recibí un mensaje de texto de mi hermano.

Jack: ¿Dónde estás hermanita?

Nicole: Estoy de camino a Vegas, con el señor Duncan.

Jack: Solo quería verificar, Frank lo anda buscando como loco, parece molesto.

Nicole: ¿Molesto? ¿Qué está pasando Jack? ¡Cuéntame!

Jack: No lo sé todavía... no te preocupes que en lo que me entere te aviso.

Nicole: OK.

— ¿Todo bien? —preguntó Max con el ceño fruncido.

—Era mi hermano, dice que Frank te anda buscando.

—Lo sé, no ha parado de llamarme y mandarme mensajes de texto —se veía contrariado.

— ¿Me vas a contar que está pasando Max? —pregunté yforcé una sonrisa.

—Es una larga historia, no te preocupes, te prometo que otro día te la cuento —sonrió y tomó mi barbilla para depositarme un beso en la mejilla, su gesto provocó un escalofrío que recorrió toda mi piel—.Vuelvo en seguida, tengo que devolver una llamada.

Max se levantó del asiento para dirigirse a la parte trasera de la nave. Por curiosidad me asomé entre los asientos y pude verlo desaparecer detrás de una cortina.

Respiré hondo, me sentía cansada y hasta un poco desleal con Luciano, quien no había parado de mandarme mensajes de texto buscando razones, alguna explicación coherente... estaba furioso y con toda la razón. Cerré los ojos y sin darme cuenta caí en un sueño profundo.

—Despierta Nicole, hemos llegado.

Escuché a lo lejos una voz gruesa, suave y aterciopelada. Me removí en el asiento con pereza y abrí los ojos a media asta, lo primero que vi fue a Max acariciando mi mejilla con su encantadora sonrisa.

—Lo siento, me quedé dormida mientras te esperaba —comenté arreglándome en el asiento, dándome cuenta que todavía llevaba el traje puesto—Max me siento un poco ridícula, mírame —solté un largo suspiro.

—No te preocupes, es Vegas, de seguro encontraremos algún lugar abierto.

La limosina se detuvo en la entrada del *Hotel Belagio*, para mi sorpresa fue rodeada en cuestión de segundos por una manada de fotógrafos de la prensa sensacionalista. Esa que sólo busca enseñar la peor cara de las celebridades. Lo extraño era que nos estaban esperando, como si alguien los hubiese llamado.

—Me parece raro ver a tantos fotógrafos, ¿no crees? —comenté, Max entrecerró los ojos y negó con la cabeza al mismo tiempo que sacaba el móvil del bolsillo de su chaqueta.

— ¡Maldición! —exclamó furioso después que lo revisó.

— ¿Qué sucede? —pregunté colocando mi mano sobre la suya.

—Luego te cuento. Hagamos algo, la reservación está hecha bajo mi nombre, busca la llave y espérame en la habitación. Yo iré por algo de ropa para ti —asentí.

—Está bien Max, nos vemos en un rato pero hazme un favor —le pedí colocando mi mano sobre su mejilla.

—El que quieras preciosa.

—Quita esa cara de gruñón. No sé lo que ha pasado pero no te preocupes por mí, estoy acostumbrada a la prensa... y recuerda estamos en Vegas —le expliqué antes de golpear la ventanilla para avisarle al chofer que abriera la puerta.

Una vez que salí de la limosina en mi llamativo traje de carreras, se lanzaron sobre mí como era de esperar.

—Nicole ¿es verdad que vienes directo de *Daytona*?

—Nicole, espera ¿es cierto que estas saliendo con uno de los dueños de *Duncan Games*?

—Te estábamos esperando Nicole ¿a quién dejaste en el coche?

— ¿Con quién andas Nicole? ¿Quién es tu novio?

— ¿Quién te acompaña?, danos su nombre Nicole.

Caminé con la cabeza en alto y una sonrisa en los labios. Ellos no arruinarían mi momento con sus preguntas curiosas llenas de malicia.

«De todas formas ¿a quién realmente le importaba esa información? Todos eran una pandilla de buitres». Pensé al abrirme paso.

Al cruzar las puertas fui escoltada hasta la recepción por uno de los gerentes del hotel que salió a recibirme en lo que oyó el escándalo en la puerta.

—Disculpe señorita Calawel, no sabíamos que vendría esta noche, de lo contrario nada de esto hubiera pasado. Le ruego que acepte nuestras disculpas.

—Ayúdeme a conseguir la llave de mi habitación, la reservación está a nombre de Max Duncan y este asunto será olvidado.

Capítulo 17

Max

El chofer le dio un par de vueltas a la manzana hasta que la manada de fotógrafos abandonó la entrada del hotel. Ya estaba al tanto de que mi hermano era el responsable de ese show.

Frank, estaba furioso conmigo por haber faltado a mi promesa y por supuesto esa era su manera de vengarse. Él mejor que nadie sabía cuánto me sacaba de mis casillas el ser reconocido por los medios de comunicación.

Revisé una de las tiendas de ropa femenina que se encontraba dentro del hotel y le compré a Nicole lo necesario para pasar la noche. Aunque con franqueza esperaba que no tuviese que ponerse nada de ropa, lo ideal sería convencerla de quedarnos bajo las sabanas conociéndonos mejor.

El móvil sonó con la entrada de un mensaje de texto:

Frank: Max lo siento, pero no me dejaste otra salida.

Max: Eres un bastardo, ya hablaremos cuando regrese.

Frank: Nicole ¿está contigo?

Max: No es tu problema.

Metí el teléfono en el bolsillo de la chaqueta dispuesto a no contestarle otro de sus mensajes, de todas formas lo vería pronto.

Subí a la habitación y escuché el sonido de la ducha a través de la puerta del baño, era obvio que Nicole se estaba aseando.

— ¿Nicole? —toqué la puerta con suavidad deseaba que supiera que estaba de vuelta.

—Max. ¿Eres tú? —preguntó cerrando la llave del agua.

—Acabo de llegar ¿tienes hambre?, puedo arreglar para que nos traigan algo de

comer.

—Sí, me estoy muriendo del hambre —dijo abriendo la puerta envuelta en una bata de baño.

—Yo también —le aseguré acercándome a ella.

—No tan rápido chico malo —me palmeó el pecho sonriendo—. Déjame ver lo que me compraste.

Caminó hacia la cama, dónde había dejado las bolsas con las compras. Me giré para no perderme ni un detalle quería ver la expresión de su rostro cuando las viera.

—Espero te guste, en serio —abrió una caja y lo primero que sacó fue la chaqueta de cuero negra, muy similar a la mía.

— ¡Me encanta! Max es hermosa —la tendió sobre la cama para encargarse de la siguiente prenda, una camiseta blanca. En cuanto la vio soltó una carcajada— ¿No me digas que lo siguiente son unos vaqueros? —sonrió al verme asentir—. Acaso ¿vamos a cantar en algún lugar? Sólo me faltarían las botas para verme como tú...

—Culpable, están en la caja sobre la mesa —me fui a buscarla mientras Nicole seguía sacando de la bolsa.

— ¡Ohh, Dios! ¿De dónde has sacado esta monería? —ahora fui yo quien soltó una carcajada al encontrarla sosteniendo la diminuta ropa interior.

—Pues... de la tienda. ¿Te gusta? —contesté con torpeza acercándome a ella.

—Señor Duncan, creo que esta prenda es muy atrevida ¿no cree? —sonrió y la guardó de vuelta negando con la cabeza.

—Para nada, estoy seguro que se te verá perfecta —le aseguré en mi mejor tono seductor.

— ¿Y qué te hace pensar que me la verás puesta? —clavó sus ojos en los míos esperando una respuesta, los dos estábamos jugando con fuego, algo que me encantaba.

—Pues no pierdo la esperanza —respondí sonriéndole de medio lado.

—Eres terrible Max.

—Y tú una provocadora —la tomé de la cintura pegándola a mi cuerpo, con ganas de besarla y abrirla la bata de baño.

—Me cambio y bajamos a comer. ¿Te parece? —solté un suspiro mientras negaba

con la cabeza.

—No me parece, pero lo acepto.

—Dicen que lo bueno se hace esperar... —se mordió el labio inferior matándome con ese gesto y añadió—.No me tardo —recogió los paquetes de la cama con una sonrisa en los labios, antes de dirigirse al baño.

—Estoy dispuesto a esperar —alcancé a decirle antes que cerrara la puerta tras ella.

Caminé hasta el mini bar con una erección en el medio de las piernas, Nicole tenía esa capacidad sin siquiera tocarme. Me serví un trago de whisky, lo necesitaba para relajar la tensión de todo lo ocurrido desde que llegamos a Vegas.

Me acerqué a la ventana y encendí un cigarro, nada estaba saliendo como lo había planeado. Le di una larga calada y me concentré en las luces de la ciudad, recordándome que esa noche no podría jugar. Esa era una prueba de fuego para mí, estar dentro de un casino y no poder hacer una apuesta por muy pequeña que fuera.

—Entonces fumas... —me sorprendió su comentario al escucharla detrás de mí, parecía decepcionada.

—No soy perfecto —contesté mientras lo apagaba exhalando el humo—.Estas preciosa Nicole —afirmé para cambiar de tema y desviar la atención hacía ella.

—No espero que lo seas, yo tampoco lo soy —se volteó y se puso la chaqueta—. Gracias por el cumplido ya podemos irnos.

—Entonces vamos.

Le ofrecí el brazo como de costumbre para salir de la habitación rumbo a cualquier restaurante dentro del hotel, luego la llevaría a bailar y si tenía suerte... lo mejor era no adelantarme mucho, lo único que tenía claro era que no iba a descansar hasta lograr que esa noche fuera inolvidable para los dos.

Nicole

Después de bailar por dos horas me sentía exhausta, el día comenzaba a pasarme factura. Era más de la media noche cuando decidimos volver a la habitación. Caminamos por el pasillo entre risas y bromas. El efecto de las tres copas que me había tomado lo sentía en la cabeza, a esa hora todo me parecía muy gracioso.

Cuando Max cerró la puerta tras él, mi corazón comenzó a latir con fuerza. Me puse nerviosa, el momento tan esperado de la noche había llegado y ninguno de dos quería estropearlo.

Él se sacó la chaqueta y la lanzó sobre una silla incitándome a seguirlo, cosa que hice al pie de la letra. Me empujó con suavidad contra la pared y me despojó de toda la ropa, dejando solo el sujetador y el diminuto bikini que me había regalado.

Max dio un paso atrás para contemplarme de arriba abajo. Su mirada penetrante y la forma como pasaba una mano por su cabello me hicieron sentir ansiosa.

— ¿Te he dicho alguna vez que me gustas? —preguntó cerrando el espacio entre los dos.

—No... —respondí sonrojada y excitada al mismo tiempo.

—Me gustas mucho Nicole —afirmó acariciando mi clavícula, bajando sus dedos hacía mi seno derecho—. Eres hermosa.

Susurró en mi oído antes de desabrochar el sujetador que cayó al suelo, sobre nuestros pies descalzos. Todo el bello de mi cuerpo se levantó con su contacto y lo expuesta que me sentía frente a él.

Mis dedos se deslizan por su pecho tatuado, mientras le quitaba la camisa dejando que cayera. Noté como sus ojos se oscurecen al verme tocarlo.

—Tú también me gustas, Max —le susurré sobre los labios.

Nuestras bocas se entreabrieron para fundirse en un beso devastador, desesperado, algo salvaje. Los dos estábamos frenéticos, excitados.

Max pasó de mi boca a mi cuello, sus besos eran calientes y húmedos. Yo me moría porque me tocara, aproveché para colocar mis manos sobre sus hombros sintiendo cada uno de sus músculos, estimulándome al máximo.

Lo deseaba como a ningún otro y gemí al sentir cuando apretó uno de mis pezones antes de llevárselo a la boca. Con su otra mano ahuecó mi sexo, acariciándolo por encima de la tela. Estaba mojada, muy mojada.

Max me guió hasta la orilla de la cama, sugiriendo que me sentara en el borde. Lo vi inclinarse frente a mí provocando que mi expectativa creciera.

—Sabía que se te vería perfecta, pero ya es hora de que salgas de tu diminuta ropa interior —colocó sus manos en mis caderas para ayudarme a salir de ellas—. Quédate sentada y coloca las manos a los lados.

Me ordenó con suavidad, él seguía en la misma posición. Pude ver como su cabeza se movía hacia abajo hasta que su boca estaba entre mis piernas. De manera automática solté un gemido.

Sus manos tomaron mis rodillas para abrirlas con amplitud, exponiéndome por completo. Pero aunque era la primera vez que estábamos juntos, me sorprendí al darme cuenta que con él no sentía vergüenza, reticencia, ni pudor.

Lo primero que sentí fue su suave aliento entre mis muslos, de pronto su boca cubrió mi sexo, me lamió, me sorbió despacio, gemí desesperada y solté un grito de placer.

— ¡Ohhh! Max. —No me pude aguantar.

El continuó succionando mi clítoris, lo besaba, lo mordisqueaba con pasión. Me devoró por completo. Desesperada por más mis uñas se enterraron en sus hombros, estaba tan excitada que mis caderas se arquearon levantándome de la cama.

Max encontró mi clítoris con su dedo y comenzó a masajearlo, al principio fue lento para luego aumentar el movimiento mientras incorporaba otro dedo. Él me hacía sentir fuera de este mundo. Lo hizo sin parar hasta que sintió mi cuerpo tensarse. En ese momento se detuvo abruptamente.

— ¿Te gusta lo que sientes? —preguntó mientras se incorporaba, secándose con el dorso de la mano mis fluidos de sus labios.

—Me gusta mucho —le contesté moviéndome hacía el centro de la cama. Ahora era mi turno para tocarlo, sentirlo y saborearlo —Ven aquí chico malo —lo llamé con un dedo de manera seductora.

— ¿Chico malo? —preguntó entrecerrando los ojos, regalándome una sonrisa de medio lado.

«Max era lo más sexy que había visto en mi vida», pensé mientras le sonreía de vuelta.

—Sí, te voy a llamar chico malo a partir de ahora —él soltó una carcajada mientras se terminaba de sacar lo que le quedaba de ropa, junto con su ajustado bóxer antes de subirse a la cama.

—No suena mal —su erección se mostró ante mí y era tal cual la imaginaba... gruesa y larga.

— ¿Todo eso es tuyo? —pregunté mordiéndome el labio inferior sintiéndome atrevida y sin pensarlo le acaricié su longitud con una mano.

—Ahora lo estoy compartiendo contigo, podría decirse que es de los dos.

Esa afirmación terminó de excitarme, si es que eso era posible...

Capítulo 18

Max

Me deslicé sobre su cuerpo para tomar su provocativo pezón con la boca, mientras mi lengua jugaba con la punta llevé una mano hasta su sexo para sentir la humedad de su excitación.

—Me vuelves loco, preciosa —murmuré sobre sus labios.

Hundí un dedo dentro de ella y la escuché gemir, excitándome al máximo. Nicole me detuvo para empujarme contra mi espalda.

Con agilidad y tomando el control de la situación, Nicole se sentó a horcajadas sobre mis caderas pasando sus dedos provocativamente por mis pectorales, trazando los tatuajes mordiéndose el labio inferior.

—No seas egoísta, deja que me divierta también —aclaró sonriendo con picardía.

Lucía como una diosa, su rostro sonrojado, sus labios húmedos, su cabello desordenado y esa mirada oscura llena de deseo. Se deslizó hacia abajo con lentitud sin apartar sus ojos de los míos.

Con suavidad su mano tomó mi miembro, gemí con fuerza cuando lo rodeó y lo apretó un poco más aumentando el movimiento, para luego de torturarme por unos segundos, metérselo a la boca y chuparlo con agilidad.

Gruñí agitado, necesitaba detenerla me gustaba demasiado cómo me hacía sentir, pero sabía que si ella no bajaba el ritmo no era capaz de aguantar por mucho rato.

—Espera Nicole, tengo un preservativo en mi billetera —ella levantó la cabeza, mientras le daba una última lamida.

Nicole se incorporó recostándose a mi lado, aproveché y la tomé de la nuca para adueñarme de su boca, que ahora era una mezcla de los dos. El beso comenzó suave para luego convertirse en desesperado. Nuestras lenguas se encontraron con sensualidad.

Me separé por un instante y nos miramos con intensidad, ella no dijo nada. Así que me levanté para buscar la protección con rapidez.

Después de colocarme el preservativo me posé sobre ella, sujetándola de las piernas para tener mejor acceso. Froté mi pene contra la entrada de su sexo antes de introducirlo con lentitud, sintiendo lo apretado que estaba. Me sentía en el cielo... alucinando.

Sus dedos se clavaron sobre mis caderas y tan pronto como envuelve sus piernas a mi alrededor, quiero enterrarme más profundo dentro de ella.

— ¡Max! —gritó.

Entre más fuertes eran sus gritos más fuertes se volvieron mis empujes. Comencé a moverme aumentando mi ritmo, una y otra vez sin parar.

— ¡Ohh... Max! —siguió gritando mi nombre, hasta que su cuerpo se sacudió con la fuerza de su orgasmo.

Me salí y la voltee sobre su estómago. Al hacerlo me sorprendí con un tatuaje en la parte baja de su espalda, eran unas alas de ángel, hermosas, protectoras. Se le veían demasiado sexy. Nicole era una caja de sorpresas.

Encendido aún más por lo que veían mis ojos, la sostuve por las caderas para penetrarla una y otra vez, más fuerte, más profundo. Pero me asombro aún más cuando la siento moverse a mi ritmo, haciéndome perder el control.

— ¡Aggg! Nicole —dejé escapar cuando mi orgasmo llegó tan fuerte que me quedé sin aliento.

— ¡Max! —la escuché a lo lejos gritar mi nombre en medio de mi trance, ella también lo había experimentado por segunda vez.

Cerré los ojos satisfecho, este había sido el mejor sexo en años, es más ni siquiera era capaz de recordar la última vez que experimenté un encuentro tan alucinante como ese. Hasta podría asegurar que nunca lo había hecho con tanto sentimiento e intensidad.

Mientras mi corazón se estabilizaba a su ritmo regular, logré respirar con normalidad de nuevo. Me dejé caer a su lado para traerla hacia mi pecho y rodearla entre mis brazos.

—Preciosa, me tienes embrujado ¿qué me has hecho? —le dije acariciando su labio inferior—. Esa boquita tuya es peligrosa.

—No me digas esas cosas chico malo —revolvió mi cabello con las dos manos, sonriendo sonrojada negando con la cabeza—. Mira que me lo voy a creer.

—Créelo preciosa, no hago otra cosa que pensar en ti. Además tienes un tatuaje muy bonito —presioné sus labios contra los míos.

—Eres una adulator ¿sabes? —me gustaba su sentido del humor.

Los dos reímos hasta que escuchamos el sonido de alguien golpeando la puerta. Me pareció extraño sobre todo por lo tarde que era.

—Déjame ver quién es, no te muevas de aquí que todavía no hemos terminado—le advertí con afecto antes de depositarle un beso en los labios.

Nicole se levantó y tomó su móvil de la mesita de noche mientras yo me vestía con el vaquero y la camiseta, para dirigirme a ver de quien se trataba.

Cuando abrí me conseguí con un par de sujetos. Ahora que los tenía frente a mí los recordé perfectamente. Ellos eran los culpables de la golphiza que me habían dado la última vez que estuve en Vegas. Pertenecían a una pequeña mafia de apostadores que operaba en el área de los casinos.

—Duncan, la última vez te advertimos que no volvieras por esta zona, de lo contrario serias hombre muerto —exclamó el más alto de los dos.

Intenté cerrar la puerta para avisarle a Nicole que llamara a la policía, cuando uno de los hombres me empujó con tanta fuerza que perdí el equilibrio. Tuve que sujetarme de la mesa para no caer al suelo.

El otro hombre la cerró de una patada y se quedó vigilando desde la entrada. Mi pensamiento sólo estaba puesto en Nicole, la busqué con la mirada pero no la encontré estaba preocupado por ella.

— ¿Qué quieren? —alcé la voz a propósito para que ella escuchara, esperaba que estuviera escondida en alguna parte.

—No te hagas el imbécil, no te queremos ver por aquí —respondió al tiempo que sacó una navaja para amenazarme con ella.

Lo empujé y comenzamos a forcejear con violencia hasta que el otro hombre nos separó.

—No he venido a apostar así que no veo el problema, de todas formas mañana mismo me iré. Guarda esa arma antes que alguien salga lastimado —dije tranquilo no

deseaba alterarlo más de lo que estaba.

—No te la des de listo Duncan —masculló con los dientes apretados.

Se acercó enfurecido y me tomó del hombro donde se afincó para clavarme el cuchillo que traté de esquivar lanzándole una patada, pero con tan mala suerte que al esquivarla tomó impulso y lo introdujo en mi estómago retorciéndolo antes de sacarlo bruscamente.

—No debiste hacerlo —comentó molesto el hombre junto a la puerta—, sólo vinimos a advertirlo no a matarlo.

— ¡Cállate!, salgamos de aquí antes de que alguien nos vea.

Fue lo último que escuché antes de verlos desaparecer. El dolor era tan intenso que un fuerte gruñido se me escapó.

Coloqué una mano sobre la herida ejerciendo presión sobre ella.

« ! Maldición! Esto no me puede estar pasando».

— ¡Nicole! —la llamé agitado.

Como pude caminé sosteniéndome de las paredes con torpeza, hasta llegar a la cama donde me desplomé sin energía.

En seguida la puerta del baño se abrió, pude ver el rostro de Nicole angustiado.

—Max, ¿qué te hicieron? —se sentó junto a mí para ayudarme a poner más presión sobre la herida—Acabo de llamar al servicio de ambulancias... y a la policía. Aguanta un poco, están en camino —colocó una almohada en un costado para que me apoyara en ella —.Vas a estar bien chico malo —intentó sonreír dándome ánimo.

—Estoy bien, aunque esta no era la forma como quería que terminara la noche preciosa —dije para tranquilizarla con un hilo de voz, sintiendo como un sudor frío bañaba mi frente.

—Max no digas tonterías. Por favor no cierres los ojos, mírame... —susurró con dulzura— ¡Oh por Dios! Max no me hagas esto.

La escuché sollozar, todavía seguía consiente aunque no me sentía con fuerzas de mantener los ojos abiertos, mucho menos hablar. Pero podía oír como su voz se quebraba con cada palabra que decía, mientras acariciaba mi cabello y besaba mi frente.

—Max...

Fue lo último que escuché antes de perder el conocimiento.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Primero que nada, quiero agradecer a mis queridos lectores, mujeres y hombres maravillosos que se toman parte de su tiempo en leer mis historias, y en apoyarme por las redes sociales.

Mil gracias sin ustedes, no sería posible.

A mis lectoras beta: Marvy González y Jonaira Campagnuolo, que con sus acertados concejos, me han acompañado en esta segunda aventura.

Gracias, muchas gracias.

Por supuesto, no podía faltar el Señor de los Mil Nombres. Gracias por tu paciencia, tu apoyo y tus palabras de aliento, que me dan ese impulso de seguir persiguiendo mis sueños.

Acerca del Autor



A.G. Keller, es una apasionada de la lectura, la buena comida, el vino, la música y el cine.

Desde los 12 años comenzó a escribir sus primeros relatos.

Mía es su primera novela, auto publicada por Amazon, un sueño hecho realidad.

ADICCIÓN, es su segundo proyecto, siguiendo el mismo género de romance.

Reside en los Estados Unidos desde el año 1995. Vive en un pequeño suburbio en las afueras de Dallas, Texas, junto a su familia.

La puedes seguir por las redes sociales.

<http://agkeller.blogspot.com>

[Facebook.com/A.G.keller.Escritora](https://www.facebook.com/A.G.keller.Escritora)

Twitter @ag_keller

Instagram @a.g.keller